

poder manifestarle nuestra veneración ilimitada y gratitud profunda, decreta la solemne **Coronación de la Imagen de María Auxiliadora.**

Imposible es describiros la alegría que experimentó mi corazón al leer el documento pontificio: lo dejo á vuestra consideración. ¡Oh! lo repetiremos siempre: el Vicario de Jesu-Crisro no podría haber dado á la humilde Sociedad Salesiana, una prenda más grata y espléndida de su paterno afecto al finalizar el vigésimo quinto año de su glorioso Pontificado. Para nosotros María Auxiliadora lo es todo. Ella fué la que inspiró y guió prodigiosamente á D. Bosco en todos sus portentosas empresas: Ella la que continuó y continúa con maternal afecto, sosteniendo nuestras obras; y bien podemos repetir llenos de alborozo con nuestro Padre, que todo lo que tenemos ha venido de la mano bienhechora y divina de María Auxiliadora. Por ésto es que, el nuevo esplendor que arroja sobre la Veneranda Imagen de nuestra celestial Madre, el Breve Pontificio, me ha conmovido profundamente.

El Augusto Pontífice, amados Cooperadores, decretando este sumo honor á Nuestra Celestial Patrona, ha declarado solemnemente, que la imposición de la preciosa corona se haga con la mayor pompa posible: *Suo Nomine et Auctoritate*: ésto es, á nombre suyo y con su autoridad: delegando para hacer sus veces, al Emmo. Cardenal Arzobispo de Turín, AGUSTÍN RICHELMY. Por tanto, Beneméritos Cooperadores, cuando el 17 del próximo Mayo (día fijado para la celebración del solemne decreto del Papa) veamos á nuestro Venerable Cardenal, deponer las sagradas coronas sobre la frente augusta de nuestra amada Virgen y del Divino Niño, podremos decir que en la persona del Emmo. Príncipe de la Iglesia, vemos la persona misma del Papa, siendo así que es delegado especial para representarle. ¡Será aquel para todos un día de inolvidables recuerdos!

Para aumentar la solemnidad y prepararnos dignamente á tan extraordinaria fiesta, se celebrará en Turín durante los tres días que preceden (14-15-16 de Mayo) el **Tercer Congreso Internacional de los Cooperadores Salesianos**: este es otro acontecimiento que llenará de júbilo nuestras almas.

Al daros ahora el anuncio oficial, no puedo ocultaros mis esperanzas, de que este Tercer Congreso, ha de tener un éxito no menos solemne y grandioso que los precedentes, celebrados el primero en Bolonia el 1895, y el segundo en Buenos Aires el 1900. Presidente Honorario será el mismo Emmo. Card. Richelmy, que se ha dignado reunir en torno suyo á los Señores más dignos y distinguidos tanto del clero, como seglares católicos de Turín, para la organización de una Junta Ejecutiva.

Esta escogida Junta, á la que públicamente presento el homenaje sincero de mi gratitud y de la de toda la familia Salesiana, bajo la Presidencia efectiva del Exmo. Sr. D. Luis Spandre, Obispo auxiliar de Turín y antiguo alumno de D. Bosco, y de los Vice-presidentes Ilmo. Sr. Barón Antonio Manno y el Caballero D. Ridardo Cattaneo, abogado, y del Secretario General, Sr. Olivieri de Vernier, Conde Deodato, ha comenzado sus trabajos de preparación, y nos aseguramos un resultado espléndido.

Pero para que tan hermosas y risueñas esperanzas se vean realizadas, necesitan, Beneméritos Cooperadores, vuestro eficaz sostén y vuestra ayuda.

Por tanto os ruego encarecidamente que coadyuvéis con todo vuestro celo á la egregia Junta, acogiendo con gusto y propagando con ardor las propuestas que ya por medio del *Boletín Salesiano* ó por medio de Circulares, juzgue oportuno.

Os invito, pues, á intervenir al Congreso, los que podáis:

A mandar vuestra adhesión por medio de los Sres. Decuriones, Coadyutores y Directores.

El trabajo, como véis, no nos es indiferente, y el tiempo apremia.

Animaos, pues, amados Cooperadores; esta es la ocasión más propicia para mostrar y consolidar los fuertes vínculos de fraterna caridad y de santo celo por la justa causa, que nos estrechan.

Si es verdad, que el entrañable y vivísimo amor que todos nutris por nuestro Venerado Padre D. Bosco, sería un impulso suficiente para mover vuestros corazones á dar este solemne y público homenaje á sus obras; estoy plenamente convencido de que el amor ardiente, la veneración grande que tenéis á nuestra Madre María Auxiliadora, os obligará á prepararos al solemne Congreso y á asistir á él los que podáis: se acerca ya el 14 de Mayo día tan anhelado y suspirado por todos nosotros.

María SS. Auxiliadora derrame sobre vosotros sus celestiales bendiciones y llene de gratos y santos consuelos el corazón paternal de S. S. LEÓN XIII.

Vuestro siempre agradecido Servidor, mis amados Cooperadores,

Miguel Rúa, Pbro.

Turín 20 de Febrero de 1903.

LEÓN P. P. XIII

Amado hijo Nuestro, salud y apostólica bendición.

De entre todas las Iglesias, que el Sacerdote Juan Bosco, de grata y venerada memoria, padre y maestro de la Pía Sociedad Salesiana, con celo ha erigido desde los fundamentos, para mayor gloria de Dios, debe considerarse como la más célebre, sea por su grandiosidad, sea por la devoción, la de María Auxiliadora, solemnemente consagrada desde el año 1868, en Turín. Y en verdad, apenas fué abierta al culto público, y la Imagen de la Sma. Virgen, admirablemente pintada entre los Apóstoles, que reverentes en torno la obsequian, con el real cetro en la derecha mano y con Jesús dulcemente sentado en la izquierda, fué expuesta en el altar mayor á la devoción de los fieles, se hizo de un modo totalmente maravilloso, ilustre y veneranda.

• *S; erigió después en honor de la Virgen Auxiliadora, una devota compañía de fieles, que en breve fué elevada al honor de Archicofradía, y enriquecida por*

esta Santa Sede con privilegios é indulgencias; bien pronto la veneración de esa Imagen de la Madre de Dios pasó los confines de Italia y de Europa, y hoy, por admirable disposición de Dios, se halla difundida por casi todas las naciones del mundo. Y los señalados é innumerables beneficios, que la Virgen Auxiliadora ha concedido á los fieles, están solemnemente confirmados, ya por cuadros votivos, ya por numerosos peregrinajes.

Las cuales cosas repasando con el pensamiento, y habiéndonos Nuestro amado Hijo D. Miguel Rúa, Superior General de los Salesianos, dirigido ferviente y humilde súplica, en su nombre y en el de toda su Pía Sociedad Salesiana, para que Nos, que este año celebramos el vigésimo quinto aniversario de Nuestro Pontificado, quisiéramos coronar la veneradísima Imagen; Nos, que nunca hemos tenido otro mayor cuidado y deseo, que ver aumentar más y más cada día en el pueblo cristiano, la piedad hacia la Augusta Madre de Dios, hemos tenido á bien condescender á esta súplica. Por lo cual y en virtud de este solo acto, absolviendo y considerando verdaderamente absueltos de excomunión, entredicho y demás penas, sentencias y censuras eclesiásticas, si en ellas hubieren incurrido, todos aquellos á quienes estas Nuestras letras interesan, damos con la presente encargo á Tí, amado Hijo Nuestro, de coronar la Imagen de María Auxiliadora, que lleva en brazos al Divino Niño y Salvador Nuestro, Jesús, en el antedicho templo, en esa tu ciudad de Turín, expuesta á la común veneración, el día que para ello señalares, con rito solemne y en Nuestro nombre y autoridad, y con el mandato absoluto de que sobre la sagrada cabeza de la Virgen y del Niño Jesús, según la dignidad, sea impuesta la corona.

Y para que esta solemnidad resulte á mayor provecho espiritual del Pueblo Cristiano; á todos los fieles de uno y otro sexo, que verdaderamente arrepentidos, confesaren y comulgaren el día mismo de la Coronación, asistieren á la Bendición, que á Nombre Nuestro tu darás, según el rito y la fórmula prescrita, y asimismo en lo venidero, el día aniversario de esta solemne Coronación, desde las primeras Vísperas hasta la puesta del sol, visitaren devotamente la Iglesia y la Santa Imagen, y allí rogaren con devoción por la concordia entre los Principes Cristianos, por la extirpación de las herejías, por la conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre Iglesia, concedemos por la misericordia de Dios Indulgencia plenaria de todos sus pecados y la remisión á modo de sufragio por las benditas almas del Purgatorio. Y ésto no obstante cualquier otra contraria disposición.

Roma, junto á S. Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 13 de Febrero de 1903,
año vigésimo quinto de Nuestro Pontificado.

(L. S.)

LUIS Card. MACCHI.

A Nuestro amado Hijo Agustín Cardenal Richelmy, del orden de los Presbíteros, por gracia Apostólica, Arzobispo de Turín.



El triunfo de María Auxiliadora

y León XIII

HINO INDE GLORIA MEA! Cuando hace largos años, oíamos estas proféticas palabras, no podíamos ni siquiera imaginar, que los días de nuestra vida se prolongasen hasta verlas felizmente realizadas. Aquí, ante las gradas de este santo altar, habíamos visto postrados y devotos para venerar la bendita imagen de María Auxiliadora á los potentados de la tierra, y no sólo de esta nación, sino también de todas las comarcas del mundo.

Pero María Auxiliadora, como repetía siempre D. Bosco, no sólo se ha edificado una Iglesia, *ædificavit sibi domum Maria*, sino que también ha ido creando entorno suyo una numerosa legión de devotos. Una prueba de ésto, un consuelo supremo que María dió á D. Bosco, fué que un Jefe de una tribu de Cosacos le escribió un día diciéndole: He oído celebrar mucho en medio de los míos las glorias de María, que continuamente concede gracias á los que la invocan; oye, decía aquel hombre feroz de las riberas del Don, oye, si esa tu Virgen me alcanza una gracia que yo deseo, te prometo solemnemente, que tanto yo, como toda mi tribu la invocaremos como nuestra divina Patrona. Y al demostrar á D. Bosco nuestra admiración por la difusión rápida del culto á María Auxiliadora, al ver que la nubecilla que un día divisó Elías en el horizonte encapotaba la extensión del firmamento y cubría toda la tierra, Don Bosco sonriente respondía: aún veréis cosas mayores. Este profético y anhelado día parecía haber llegado cuando vimos la devoción de la Auxiliadora de los Cristianos esparcirse á manera de oleo perfumado por toda la tierra, al ver que un Obispo de Brasil, Mons. Neri, declaró

compatrona de sus diócesis á María Auxiliadora, como en Chile triunfa y se aumenta esta hermosa devoción, como por doquiera las gracias y celestiales favores, que dispensa la Sma. Virgen, y aumenta entre los cristianos el amor á



Grandioso cuadro de María Auxiliadora que se venera en el Santuario de Turín y que será coronado el 17 del próx. Mayo.

María. Pero hoy á los antiguos triunfos, á las glorias de los tiempos pasados viene á añadirse un suceso, que no hubiéramos podido ayer ni siquiera imaginarlo.

El Sumo Pontífice, el Sublime Anciano de Roma, el glorioso León XIII, mientras el mundo lo admira como un prodigio de longevidad, de sabiduría y de inmaculada gloria; mientras que mil vo-

ces le repiten: *Rex in æternum vive!* y lo festejan por que ha llegado al XXV° año de Pontificado en la Sede de Pedro, mientras todos le aclaman gloria, esplendor y alegría del mundo, como si quisiera apartar de sí todo honor, deponer humilde la corona de merecidos laureles que le ciñe á los pies de María, y entonar ese himno de amor que le canta la humanidad, á gloria de María, exclama: Queremos adornar la frente de María Auxiliadora con una diadema de gloria, para que todo el universo sepa, que nada estimamos más dulce y consolador á nuestro corazón, que el ver aumentar de día en día el amor del pueblo cristiano hacia la augusta Madre de Dios.

¡Oh! Bienvenido sea el mes de las flores, el mes de María Auxiliadora: será el mes de su triunfo. Cuando Bersabea se presentaba ante el más sabio y suntuoso de los monarcas, y este le salió al encuentro, acogiendo con amor á su madre, y levantando junto al suyo un trono para que como reina se sentase en él, y le dijo que le concedía la mitad de su reino, aseguran los santos intérpretes, que figuraba la gloria y poder de María, que sentaba á la derecha de Jesús en un trono de gloria y ceñida la frente con una corona de estrellas, es proclamada Reina de los Mártires, de los Confesores y de las Vírgenes, y tiene ante su solio á legiones de ángeles postrados á sus pies, que ejecutan presurosos sus deseos de paz y misericordia.

Un Papa atribulado y glorioso instituyó la fiesta de María Auxiliadora por gratitud á sus beneficios. Aquel santo Pontífice había experimentado en el destierro y en la esclavitud el poderoso auxilio

de Aquella, que había ya roto las cadenas de la humana servidumbre y vuelto á la patria los desterrados de esta vida miserable y mortal.

Ella es la verdadera Débora, amazona del pueblo santo, Joel con los despojos de Sísara. Judit libertadora de la patria,



Mons. Luis Spandré, Obispo auxiliar de Turin
Presidente efectivo de la Junta del Congreso.

Ester que postra el orgullo del pérfido Amán y libra á su pueblo de la muerte. María se apareció á aquel Pontífice mártir, Pío VII, como paloma que vuela al arca reparadora y salva á las generaciones del diluvio universal; su voz es igual á las arpas proféticas que debían guiar al combate el pueblo de Israel; la Puerta davídica de la que penden á miles los escudos de protección, armadura

de los fuertes: Ella es la aurora del sol de Justicia y el Juez santo de paz y ventura en estos siglos de oscuros é insanos errores.

Pero Vos, glorioso é inmortal Pontífice León XIII, habéis hecho mucho más; Vos, no sólo habéis cantado en versos que el mundo repetirá admirado en todos los tiempos, á la Virgen sin mancha, como la casta paloma que pasa para la tierra sin mancharse con el fango, sin tocarlo; á la azucena de los valles, la rosa de Jericó, la palma de Cades, el cedro del Líbano, el ciprés de Sión, el



El Barón D. Antonio Manno
Vice-presidente.

jardín cerrado, la flor elegida y gallarda del Carmelo que con su fragancia deliciosa llena de alegría el mundo: sino que habeis querido deponer, como presagio de nuevos triunfos, vuestra gloria á los pies de María, y la Tiara que los pueblos reconocidos os ofrecen, os parecería menos brillante y poco preciosa, si no colocarais en la frente de María Auxiliadora una nueva y reluciente corona. ¡Oh! sí; día vendrá en que bastará vuestro nombre para llamarlo á la gratitud de sus devotos, fijar la mirada en su diadema para recordar el amor profundo, inmenso que nutris hacia María, los sacrificios que habéis hecho por conducir á sus pies á todos los pueblos, para lle-

varlos ante el trono de Aquella que es la Protectora del pueblo cristiano: una Madre que puede llegar hasta Dios, no con el acento de quien suplica, sino con la palabra de quien impera.

Vendrán, sí, vendrán los días de júbilo, los días del triunfo de María. Los pueblos escucharán reverentes y devotos la voz del Pontífice y vendrán numerosos y llenos de fe y de admiración á su Santuario, cubierto de ex-votos y de cuadros, historia dolorosa de las miserias humanas, parándose á considerar sus prodigios, callados y bañados en llanto los ojos; porque innumerables son los trofeos de su bondad materna y los testimonios de tantos hijos agradecidos.

Veréis entonces, Virgen Santa, llegar á millares y millares á los devotos que atraídos por el Vicario de tu Divino Hijo, vendrán á buscar los tesoros abiertos de las indulgencias y á depositar á vuestros pies sus pesares y necesidades: se cumplirán entonces las proféticas palabras de Isaías: *Filii tui de longe venient, et filiae de latere surgent.*

Será en lo venidero una gloriosa página escrita con caracteres indelebles: una página que publicará tus bondades.

Pero las desventuras de los pueblos, la aflicción de la Iglesia y las tribulaciones de su supremo Jerarca llegan hasta Vos, María Auxiliadora: haced que el mundo vuelva y se convierta, haced que España, jardín electo de vuestras delicias sea lo que fué, católica y santa, la admiración del mundo cristiano. Desciendan las bendiciones del cielo sobre el Augusto Jefe de la Iglesia y mientras mil y mil misioneros evangélicos plantan la cruz en las regiones infieles, consoladle con vuestra misericordia, haced que los pueblos arrepentidos y contritos se acojan á la Religión, y todos os proclamen como sostén, libertad, salvación y *Auxilio de los Cristianos.*



Preparativos para el Congreso

EN el número anterior anunciamos á nuestros lectores la próxima celebración de un Congreso Internacional de los Cooperadores Salesianos; réstanos ahora dar cuenta de los preparativos que se están haciendo, y esperanzas que abrigamos, para que nuestros



El Abogado, Caballero D. Ricardo Cattaneo
Vice-presidente.

Cooperadores se animen más y más á concurrir los que puedan personalmente, y los que no, á enviar su oferta ó adhesión.

Bajo la dirección y por iniciativa de una Junta de Ilustres Damas de Turín, se han establecido seis Comisiones, que entienden en los preparativos del Congreso.

1ª COMISIÓN, formada por la Presidencia mayor del Congreso; que se encarga de la preparación del programa, reglamento, horario, sesiones etc. Mon. Luis Spandre.

2ª COMISIÓN de distinguidos caballeros; para asuntos de ferrocarril, recibimiento, hospedaje etc. Caball. Macciotta Orestes

3ª COMISIÓN igualmente compuesta de ilustres Señores; para los negocios de estadística, cédulas, adhesiones, etc. Conde Julio Harcourt.

4ª COMISIÓN compuesta de entendidos ingenieros y profesores; para la preparación del aula, adorno, situación etc. Molli Ing. Caball. Esteban.

5ª COMISIÓN, formada de respectables eclesiásticos; para festejos religiosos, ho-

rario de funciones, disposiciones, invitación á Prelados etc. Can. Loracio Miguel.

6ª COMISIÓN, compuesta de distinguidos profesores; para la prensa, comunicaciones, llamamientos y circulares. Bettazzi Prof. Rodolfo.

Todas estas Comisiones se han puesto con celo á trabajar por el espléndido resultado del Congreso: El Señor bendiga su trabajo y haga que produzca abundantes y consoladores frutos.

Manos pues á la obra, Beneméritos Directores diocesanos, Decuriones y Cooperadores todos: recoged con la mayor premura posible el mayor número posible de adherentes, firmas y ofertas por pequeñas que sean; á fin de que las esperanzas y actividad de la Junta de Turín puedan dar copiosos frutos de bendición para la gloria de Dios y bien de nuestra común causa, y la Coronación de nuestra Celestial Patrona, *Maria Auxiliadora*, vaya revestida de todo el esplendor que conviene á una tan excelsa Señora y Reina.

N. B. — Dirigir las adhesiones y ofertas á la Dirección del Boletín Salesiano, *Cotolengo 32, Turín* ó á la Junta del Congreso de los Cooperadores Salesianos, *Bogino*,



El Conde D. Deodato Olivieri de Vernier
Secretario general.

18, *Turín (Italia)*. Se suplica que para principios de mayo, antes del día 14, en que se empieza el Congreso, puedan hallarse en esta Dirección todas las cédulas de adhesión.

El Divino Reo

Regnavit a ligno Deus.

El mes de Abril, mes de los grandes misterios, de los dolores acerbos y de las alegrías inmensas, es el mes sin duda que presenta más solemnidad en la Iglesia, más contrastes patéticos y más consoladoras lecciones. Empieza con la cuaresma, tiempo de recogimiento y de penitencia, en que los cristianos lloran sus pecados y la muerte del Redentor; sigue la Semana Santa, la más solemne, la más augusta de todo el año, por que encierra los misterios más solemnes y más angustios, en que la Iglesia representa en sus majestuosas funciones el drama divino de la Pasión: y concluye con el canto del *alleluja*, del triunfo, del regocijo inmenso, como un canto de victoria después de una sangrienta batalla. Este desfilar ante la mente del cristiano tantas imágenes grandiosas, tantos recuerdos conmovedores; este sucederse de dolores y alegrías, imagen precisa, de la vida, toca las fibras de todos los corazones, por que en ellos se envuelve un recuerdo que no se borra nunca; el recuerdo de la Pasión.

Los sucesos más dolorosos de la historia, los sucesos más sangrientos de los siglos, no enternece ya el corazón; pasaron, y lo pasado se abandona en brazos del olvido. Ninguno llorará ya, ni por el trágico fin de un César, ni por la derrota de un Leonidas; pero un hombre entonces oscuro, que murió inocente hace más de 19 siglos en una ciudad de Oriente; un hombre que espiró en una cruz perdonando á sus verdugos,

es llorado por todas las generaciones. El gemido y los dolores, las afrentas y la muerte de aquel hombre han arrancado lágrimas de todas las gentes, han entristecido y ensimismado á todos los pueblos y atrae la compasión de todas las almas; como si aquel cadalso ensangrentado acusara de un crimen á la humanidad, á quien él murió perdonando. No saben explicarse esto los mismos que lo sienten; los mismos que una hora antes le escarnecían, al verle morir le compadecen; parece que la sangre que goteaba de aquel inmortal patíbulo, al caer pronunciaba una acusación de parricidio.

Se habrán olvidado en el mundo todos los infortunios pasados, se habrán serenado todos los corazones traspasados por el dolor, remediado todas las mayores pérdidas, borrada la impresión de todas las amarguras; pero el mundo no puede olvidar á aquel Divino Reo, no puede borrar de su alma aquella imagen augusta, ni puede alejar de su memoria el recuerdo de sus dolores; los contempla, los llora, los siente ahora, como los contempló y sintió entonces el centurión al pie de la cruz; por que estos recuerdos y esta compasión son en la humanidad eternos, como eterna era la víctima que gemía pendiente del madero. Ya que no puede resarcir aquel crimen, ni apagar el eco de aquellos gemidos, el mundo adora á aquel mismo que crucificó; ama aquel mismo que maldijo y sentenció en el pretorio.

Es que aquella frente sagrada llevaba grabado el sello de la Divinidad; aquella sangre divina que gota á gota caía de sus llagas, fecundizó las almas; aquel sacrificio era la inmolación de un Hombre-Dios.

Los reyes dominan desde sus tronos, y Dios quiso reinar desde un patíbulo.

El Espíritu de un Apóstol

Además de la Religión y de la piedad, que son la base esencial y sólida de la educación, contribuye no poco á la formación del espíritu franco, leal, honrado y firme de un joven, una virtud que le es propia, casi natural, pero que debe desarrollarse mesuradamente; esta es la alegría, la jovialidad.

No tratamos aquí de esa alegría disipada y peligrosa que es fruto de la pasión; de esa alegría maliciosa y relajada que lleva sonrisa en los labios y amargura en el corazón, de esa alegría mal entendida del mundo, que la busca siempre y no la encuentra nunca; nó, tratamos de la verdadera alegría, que anida solo en un alma pura, en un corazón que sabe refrenarse, luchar y vencer, que es fruto de la buena conciencia, y que en los niños tiene un atractivo más; el de ser natural y estar exenta de pasado dolor. « La expansión del ánimo, el juego, la

alegría, dice Dupanloup, son absolutamente necesarios á la educación. Es esta demasiado seria y austera y abstrae todas las facultades del niño; así que es preciso que los recreos lo distraigan y que mezcle la risa y el juego con las ocupaciones serias. No hay término medio; los niños ó se recrean ó se cansan: el cansancio, el tedio, produce la tristeza, y ésta, al mismo tiempo que es enemiga de la expansión y agria el carácter, es la peor consejera. El niño que se siente poseído de tedio, de la tristeza y del descontento está dispuesto para recibir toda mala impresión y es capaz de cualquier falta, por que las malas tendencias nacen y se desarrollan en esos fatales momentos, y al fin las sugerencias tentadoras vencerán á sus buenas tendencias. Mientras que la alegría dilata el ánimo del niño: si está contento y alegre, las malas tendencias ceden el puesto á las buenas disposiciones: se manifiesta, se desahoga, confía los secretos de su alma candidamente, escucha con docilidad y es capaz de hacer de

buena gana cuando se le ordene. » Yo compararía, dice Gotti, el espíritu del niño al agua, que corre cristalina y fresca cuando cae de peña en peña y se agita en su curso, mientras se corrompe si está estancada y quieta.

Pero esta amable virtud no excluye del todo la reflexión y la formalidad, ni vicia los sentimientos del alma, que mañana en el mundo han de encontrarse con tantos obstáculos y gustar tantos dolores, sino que es precisamente la virtud que consuela el alma y le proporciona consuelos aún en medio de la contradicción. No se deben al niño proporcionar sabores ni disgustos, por que ésto sería tiránico, pero si involuntaria é improvisamente le sobrevienen, esta virtud le enseña á soportarlos con alegría, y á sufrílos con tranquila resignación. ¡Ah! ¿quién no lo sabe? La vida está sembrada de dolores, como un rosal de agudas espinas; pero si el alma no se deja abatir por el disgusto y sobrelleva con alegre resignación una contradicción, un infortunio, será un alma fuerte, que conservará su temple igual en todas las circunstancias dolorosas. Las alegrías se logran con dolores, como los laureles se alcanzan con peligros, y según dice Gotti: Pocas alegrías gozará un hombre que ha experimentado pocos dolores: no sabrá gozar de la dulzura de una sonrisa, quien no ha probado la amargura de una lágrima. Así como la educación es una escuela y ensayo de la vida, para que ésta sea serena, alegre y resignada, debe enseñarse al niño, á recibir todas la contradicciones, no con frialdad, por que eso hiela los buenos sentimientos, pero si con fortaleza y conformidad.

El joven necesita la distracción y el juego, por que la edad y el desarrollo físico lo requieren; la sangre le hierve en las venas; ansia saltar y solazarse como los corderillos en un prado: busca las sopresas y el placer, como la mariposa busca el perfume de las flores: tiene sed de cariño, porque aún les halagan las caricias de la madre á los que la tienen, y la buscan los que la han perdido. Pero esos instintos en sí mismos buenos y nada perjudiciales, pueden, creciendo, llevarle á perniciosos excesos, mientras que cultivados y educados pueden ser fuentes de muchas virtudes. Por ésto que lo esencial de la educación es refrenar, corregir y cultivar con medida. Déjeseles en buen hora divertirse y solazarse, por que al niño saltando se les van los pesares y corriendo se les vienen las alegrías, pero acostúmbreseles á renunciar á sus caprichos, á sufrir con resignación un contraste, á perdonar con generosidad una ofensa, á privarse de un gusto propio, para complacer al ajeno; en fin á que sepa gozar ó sufrir, escoger una cosa ó renunciar á ella según las circunstancias. Si se le trata con amabilidad, depositará en sus superiores aquella confianza filial que vacía el corazón de secretos, evita muchos peligros é le infunde más amor y respeto hacia el que le le educa: si en él encuentra uno que sepa alegrarlo y corregirlo, condescender cuando buenamente se puede é imponerse cuando lo requiere el caso, que sabe ser recto, sin ser estrictamente riguroso, le será abierto y franco y le llamará padre.

Ese es el sistema con que D. Bosco obró en la

educación verdaderos prodigios. En su casa no quería ver caras mustias, ni corazones comprimidos; le gustaba ver á sus niños solazarse, y estaba en sus glorias cuando á todos los veía contentos y satisfechos, por que según decía, donde hay alegría no reina el pecado; era el alma é iniciador de sus infantiles juegos; siempre tenía en el labio una palabra jovial, siempre una sonrisa con que alegrarlos. *Tristezza e malinconia — fuori dalla casa mia*; repetía siempre: fuera di mi casa tristezas y pesares, que las almas entregadas á Dios no abrigan nunca tristezas. Cuando hablaba con sus niños ó con sus hijos, los Salesianos, la primera pregunta era siempre — ¿estás alegre? y el último saludo, — está alegre siempre. Solía decir: esos grupos y corrillos de niños que hablan bajo, miran de soslayo, andan solos y no juegan nunca, se me figuran otros tantos conspiradores en la república del colegio. Así que en el patio de una casa salesiana se pone siempre en vigor la ley de una ciudad declarada en estado de guerra; los grupos se disuelvan á cañonazos, y el mejor cañonazo para esos grupos, en que si no se conspira contra la república, tarde ó temprano con el rodar de la conversación se conspira contra lo bueno ó se murmura, es una ruidosa partida, un juego que les haga olvidar las intrigas de la conspiración.

Es en verdad cosa que agrada, el ver tantas caritas alegres, tantos corazones contentos, que á la sombra benéfica de la Religión y con el suave hálito de la piedad crecen buenos y honrados, preparándose á lo que han de ser, honrados y buenos.

Dejad, decía el amable S. Felipe Neri, dejad que los jóvenes se solacen, que esas mariposillas revolotéen; bástame sólo que no pequen.

HOMENAJE

promovido por las Sras Cooperadoras Salesianas de Don Bosco, con motivo de la Solemne Coronación Pontificia de María Auxiliadora.

Como saben nuestras Cooperadoras, el 17 del próximo Mayo se coronará solemnemente, por Decreto Pontificio la Veneranda Imagen de María Auxiliadora del Santuario de Turín. Para sufragar los gastos de las coronas y de los festejos que en dicho día han de celebrarse, una Junta de Cooperadoras Salesianas, escogidas de entre las damas más distinguidas de Turín, se ha propuesto hacer un llamamiento al buen corazón y conocida caridad de todas las Cooperadoras del mundo, para que con sus limosnas y cooperación contribuyan al mayor esplendor y solemnidad del acto.

Este es, pues, el fin de este Homenaje Universal á María Auxiliadora; una prenda del amor tierno y filial devoción de las Sras Cooperadoras. Cada cual, pues, ofrezca lo que lo dicte su posibilidad y su deseo; procure llenar la adjunta lista con los nombres de las oferentes enviaria á la Dirección de este Boletín.

Turín. 19 Marzo de 1903.



DE NUESTRAS MISIONES



A través del Ecuador. (1)

(Continúa la correspondencia del P. Tallachini.)

Coyagchi. — Y así era: de allí á poco divisamos dos chozas, una de ellas con pretensiones de casa, construida con rústicos y mal unidos troncos y el techo de paja. A un lado había un huerticillo con habas y patatas, al otro un prado, al fondo un espeso bosque, de entre cuyas ramas salían techos de otras chozas; á mano derecha un profundo valle cubierto de espeso follaje: este lugar es Coyagchi.

De la primera cabaña, precedido de un perro que ladraba, salió un niño de unos ocho años con la cara sucia, cabellos desgreñados y camisa que en otro tiempo había sido blanca; detrás de él venía un jóven indio de unos veinte años, de mirada idiota y una prominencia en el cuello que en buen español se llama papo. Volvieron á entrar, y apareció en la puerta una mujer que poco más ó poco menos llevaba la misma deferencia específica y que estaba desgranando maíz. Esta nos miró con sorpresa, pero con mirada inteligente, dejó el cesto de maíz y corrió presurosa á llamar á los amos de casa. Eran estos dos jóvenes esposos que, sin muchos cumplimientos nos invitaron á apearnos y entrar en la choza.

— Ésto es precisamente lo que deseamos y que tengan la bondad de darnos algo de comer, les dijimos.

— Sí, sí, de mil amores.

Y la esposa se fué á buscar sus mejores tapetes, cubrió con ellos el banco é invitó á Monseñor á sentarse.

— Gracias, pero no se molesten, por que no pensamos pararnos mucho tiempo; tomaremos un bocadito y después nos iremos.

Aquella pobre gente se miraron con estupor, casi con tristeza: al fin la mujer replicó: Pero miren Vdes, que si no esperan no podremos prepararles nada. Es menester ir muy lejos para traer algo y deberán esperar un par de horas.

— Entonces; les damos las gracias y nos vamos.

— Y á donde piensan ir? preguntó el marido.

— Hoy debemos llegar á Cañar.

— A Cañar no llegarán Vdes andando toda la noche, hasta mañana. Los caminos están perdidos y libreles Dios de tal disparate.

— ¿Y á donde podríamos llegar?

— ¿Que á donde podrían llegar?... Miren, padres, Vdes ya han llegado. Desde aquí no en-

contrarían habitación humana sino á siete horas de camino. La noche les sorprendería en la floresta ó en las cimas de la cordillera, donde se helarían de frío. Seguir el camino sería una grande imprudencia. Lo mejor sería, que se quedasen aquí, aunque esta choza es indigna de un Obispo. Vdes. dormirán en la cama, y nosotros dormiremos gustosos en el suelo.

— Sí, sí, añadió la mujer. — ¡No ven esa negra niebla que parece humo de infierno. Además la noche será fría.

Y en realidad el horizonte era oscuro y se iba oscureciendo cada vez más, á causa de los vapores actuosos del valle. De allí á poco vino la noche y las tinieblas eran densas. Desengañados, aunque contrariados, desensillamos los caballos, mientras que aquellas buenas mujeres corrían de una parte para otra; oye tú, decía una, mira á ver si hay huevos; túércele el gznate, decía otra, á aquel gallo que pagará todas juntas las rabiets que me ha hecho pasar.

— Pero, no se molesten tanto, buenas mujeres, les dijimos; si no hay otra cosa allí hay habas y patatas, que para nosotros tienen todos los sabores del maná. En último caso hierbas hay en el campo y haremos una buena ensalada.

— Padre, V. deje hacer. No faltará ni lo uno ni lo otro.

— Pero ¿no tienen un poco de sopa, un poco de maíz hervido?

— Sí, hay un traguito de mate, pero está frío.

— No le hace; nosotros lo calentaremos.

Y sin más, yo tomé un cestito, en que había quedado un poco de maíz y me comí tres ó cuatro puñados. Monseñor quiso imitarme, pero á los pocos granos desistió de su empresa.

En tanto nos pusimos á instruir en las verdades de la fe á aquella buena gente, después á rezar el Divino Oficio, y así pasaron las cuatro largas horas de cansancio y frío, que precedieron á la cena.

Con poco trabajo se preparó la mesa, y con menor aún dimos cuenta de la cena.

La noche avanzaba y era preciso pensar en el día siguiente. El guía no llegaba ni vivo ni muerto, y él llevaba nuestras maletas y el altar portátil. Pero estábamos seguros de que la Providencia no nos abandonaría. En tanto prepararíamos á fuera el altarcito. De telas, brocados, lámparas y candeleros no hay que hablar siquiera en la selva, donde resplandece en toda su grandeza la majestad de Dios. El bosque nos prestará las ramas más escogidas, las más graciosas y perfumadas de sus flores y con ellas adornaremos el altar. Las naves del templo será la tupida floresta, bóveda, la del cielo, órgano; el murmullo suave de los rios, los ruiseñores, cantores y orquesta. En el silencio de la floresta rezaremos el Rosario, saludaremos á la

(1) Véase el n.º de Marzo, pág. 66.

Reina del Cielo con las palabras angélicas y entonaremos en coro el *Ave maris stella*, que resonará armonioso en el valle.

Después de la cena nos retiramos á dormir. Vino la aurora, no á despertarnos, que el sueño no acudió á nuestros ojos, sino á mostrarnos una escena sublime y grandiosa. Los vapores han bajado á lo profundo del valle y entre un mar de niebla retumba el trueno y serpentea á nuestros pies el rayo. En el cielo sereno y límpido al soplo de un frío vientecillo, brillan aún algunas estrellas: la luna en su ocaso despide sobre la floresta los últimos rayos de su luz plateada.

Unas cien personas acudieron de las cabañas vecinas, y sentadas sobre la verde yerba en grupos dispersos, esperaban la hora de oír la misa y de confirmar á sus hijitos. Son ya la siete y el guía no llega; es, pues, preciso continuar el viaje, Monseñor dirige algunas palabras al pueblo, animándoles á seguir la vida de buenos cristianos.

Ibamos á salir, cuando divisamos en el fondo del bosque al guía que traía en su bestia de carga las maletas y el altar portátil.

Celebramos la Misa, Monseñor administró la Confirmación, prometió que volvería con más detención á consolar á aquellas pobres almas, saludamos cordialmente á nuestros huéspedes, que por toda recompensa no quisieron pedirnos más que una bendición.

En el Azuáy. — En medio de agua y barro, ya por rocas escarpadas, ya por bosques y prados, el camino era siempre igual, horroroso é intransitable; á pesar de todo la naturaleza ofrecía á nuestra admiración la mayor variedad de árboles y caprichosas flores, que la mano del arte ansía arrancar á la exuberancia de la floresta y trasplantar á los parques y jardines reales.

El sol había ya empezado á bajar de su cenit, cuando nuevas escabrosas subidas nos apartaron de la vista la floresta, para presentarnos la alta cumbre del Azuáy, pasando la primera parte de los Andes.

De nuevo volvieron á presentarse á nuestra vista arbustos raquíticos y escarpadas rocas; el viento helado que venía de los vecinos ventisqueros, aunque algún tanto templados por los ardientes rayos de un sol tropical; poco á poco va desapareciendo todo rastro de vegetación y vense las faldas y cimas cubiertas todas de una paja vegetal fina y ligera que el aire mueve y troncha. Sobre nosotros al nivel de los más altos picos vuelan centenares de buitres, buscando con atenta mirada alguna oveja, novillo o perro incauto. Tal vez, si el hambre le obliga, asaltan al hombre; la defensa se hace difícil y es preciso ocultarse entre la hierba seca hasta donde no le alcanza su rapacidad, pues difícilmente y con daño propio posan en el suelo sus uñas.

El sol empezaba á declinar y en nosotros se hacían cada vez más sensibles los estímulos del hambre. Pero ¿donde encontrar habitación humana en medio de la soledad de aquel desierto? Márquez, nuestro compañero voluntario, nos aseguraba que, después de pasada aquella sierra, nos encontraríamos en Tambo, ésto es, á las puertas de Cañar. Y con ésto daríamos por terminados los doce trabajos de Hércules.

Tomando de aquí ánimos, Monseñor me envió delante para buscar alojamiento, y no perder después el tiempo en preparar la comida.

Espoleé á mi buen rocínante, que no corría, sino volaba, por aquel sendero estrecho y arriesgado

que costeaba la altura, evitando así el peligro de que el impetuoso viento me derribase.

Después de una buena hora de galope, se abre como por encanto á mis pies un profundísimo valle, cubierto no ya de espesos bosques, sino de prados y huertos de variados colores, desde el verde oscuro al amarillo claro: el espectáculo era imponente, semejava á un inmenso tablero de damas; parecía hallarme en un mundo nuevo. En él viven, á las riberas del río Cañar, los antiguos y laboriosos indios Cañaris.

Desde la gran meseta que recorrimos en dos días de camino, para pasar después el dorso oriental de los Andes que lo cierra, se divisaba sobre la suave pendiente, que en frente se destacaba sentada como una reina, Guascar, la antigua ciudad metrópoli y trono del rey Inca, cuando disputaba el reino de Quito á Altahualpa su hermano, ya dueño de Cuzco y de Caxamarca; al pie de las otras colinas, los pueblos de Biblián y de Deléj; la ciudad de Azogues, cercada de montes que, como fieles centinelas, la defienden, fundada sobre minas de azogue, cuyo nombre lleva; finalmente allá en las últimas trincheras, la célebre Cuenca, que recibe su nombre de una ciudad española, por que su configuración topográfica semeja á una concha: esparcidos acá y acullá por las hondonadas, pueblecillos, caseríos, quintas y cabañas como un rebaño de corderos recostados á la sombra de los numerosos y espesos *eucaliptus*.

Dirigí mis miradas á la difícil y escarpada sendecilla que conducía á la vega y sentí en mí la misma impresión que he probado otras veces al bajar de la cúpula ó torre de nuestros más altos templos. Para no dar un vuelco, que hubiera sido un salto sin metáforas, mortal, me así á las bridas del caballo y me dejé arrastrar de la ley de gravedad, mientras el pobre animal protestando de mi posición anticaballeresca, iba formando el contrapeso. Llegué por fin al fondo felizmente. Las numerosas cabañas esparcidas entre los sembrados de trigo y maíz, me daban esperanza de que estaría ya cerca Tambo, pero por otra parte, un secreto presentimiento me decía, que aquello era una ilusión.

Un contratiempo. — Numerosos indios encontré que llevaban camino en dirección opuesta á la mía. Las mujeres llevaban sus sayas y mantos de tela burda y de colores vivos, que ellas mismas se tejen; los hombres, pantalones del mismo género y algunos de vellocino, estrechos y macortados, chaqueta á la misma moda con su indispensable poncho. Todos con los cabellos largos y desaliados, tostado el rostro por el sol y el viento, con pesados sombreros en la cabeza. Caminaban á paso ligero, como hacen siempre echando todo el cuerpo para delante, soplando de tanto en tanto como válvula de locomotora.

Al pasar yo, se quitaban el sombrero, hacían la señal de la santa Cruz y repetían varias veces: Alabado sea el SS. Sacramento del altar. Pero yo no sabía el lugar en donde me encontraba, así es que les pregunté en su mismo lenguaje, chichino, haciendo uso de las pocas palabras que sabía:

— *¿Mainán Tambúman rini?* (¿Por donde se va á Tambo?)

— *Cainigman* (Por aquí mismo).

— *¿Máipi tidn?* (¿Dónde se encuentra?)

— *Cayllápi, taita padre* (Aquí cerquita, padre).

Estas y otras preguntas les hice á casi todos, para saber el camino que quedaba para llegar á

Tambo, y todos me respondían: *Cayllápi, cayllápi* (Cerca, muy cerca).

Pero entretanto, hacía más de media hora que andaba, había pasado por delante de muchas chozas encontrado más de treinta indios y preguntado otros tantos, y Tambo no aparecía, y las pocas casas que al paso veía iban perdiéndose. Entonces entré en el patio de una de estas, en que estaban sentadas dos indias, una detrás de otra, silenciosas, atentas á su trabajo; la una desgranaba maíz, la otra peinaba á la primera; junto á ellas tres niños echados por el suelo calentaban sus carnes al sol.

Me vieron entrar, suspendieron un momento su faena y después volvieron sin cuidarse de nadie á su trabajo.

— *¿Uta Tambúman nayáscia?* (¿Llegaré pronto á Tambo? pregunté con tono de quien desea una respuesta pronta y exacta.

— *Mái carúpi* (Muy lejos), me respondió prolongando el acento de la segunda palabra sin interrumpir el trabajo.

El alma se me caía á los pies.

— *¿Tandáta ciaringuicim?* (¿Tienes pan?).

— *Mána* (No).

— *¿Miráta ciaringuicim?* (¿Tienes queso?) *¿Mish quita ciaringuicim?* (¿Tienes azúcar?)

— *Mána, mána.*

— *¿Burúta ciaringuicim?* (¿Tienes huevos?)

— *Mána, mána, mána.*

Entonces me persuadí que era tiempo perdido. Les dí á cada uno una estampita y volví á hacer la prueba:

— *¿Lecheta ciaringuicim?* (¿Tienes leche?).

— *Ari, ari, tita padre charini* (Sí, sí, padre si que tengo).

— Pues si es así, le dije, dentro de poco pasara por aquí taita obispo y le darás una taza de leche, ¿no es verdad?

— *Ari, ari, tandata, mishquita, burúta, tuicin cuscia* (Sí, sí, pan, azúcar, huevos, todo se lo daré). El pobrecito no se había fijado en que yo era sacerdote, por eso que al principio no tenía nada; después que les dí las estampitas y se persuadieron de que lo era, me lo hubieran dado todo.

Espoleé á mi caballo y pronto me introduje en lugares deshabitados. Después de dos horas de fatigosa carrera divisé á lo lejos una iglesia. Era de seguro Tambo. Así que llegué me presenté al párroco que estaba entonces á la mesa.

— Buenas tardes, señor cura: yo soy salesiano y precedo á Mons. Costamagna que va á Cañar y desea reposar un poco aquí en su casa.

— ¡Oh, que honor tan grande! respondió el párroco.

— Muchas gracias, Sr. Cura; como V. sabe, los Salesianos somos abiertos y francos. Mire V. en todo el día no hemos comido nada, y tenemos prisa, pues nuestro visitador D. Albera...

— ¿Y donde han encontrado á D. Albera?

— No le hemos encontrado, pero esperamos encontrarle en Cuenca.

— Pero ¿cómo es posible, si D. Albera, con su secretario y con D. Mattana de Gualaquiza, han salido de aquí á las once y media, y van á Riobamba por el mismo camino por donde Vdes. han venido?

— ¿Y cómo es que no nos hemos encontrado? que no nos hemos visto? ¿fatal contratiempo! ¿Y no podríamos mandarle á decir...?

— Sí, sí, espere un instante.

El buen párroco se fué y volvió de allí á poco acompañado del alcalde del pueblo y de un hom-

bre dispuesto á alcanzar á D. Albera en tres horas. Escribí una cartita y se la entregué diciéndole:

— Hazlo presto, que sabré pagarte bien; procura encontrarte con el Sr. Obispo, enseñarle esta carta y si no te da orden...

— Aun estaba hablando, cuando entra el guía jadeante y gritando:

— Taita padre, vaya á Cañar que taita Obispo está muy cansado y ha llegado ya por un camino más corto.

Tomé la carta, dí las gracias al buen párroco, monté á caballo y á todo galope llegué á Cañar.

Un qui pro quo. — El sol se ocultaba tras de las últimas crestas de las montañas, y los rayos ponientes que daban lánguidamente en las sombras del valle silencioso, parecían ahogar en el corazón toda esperanza.

En Cañar todos me miraban con curiosidad, casi con desconfianza. Las mujeres se asomaban á la puerta y retrocedían como espantadas; los hombres me mostraban un cierto desprecio. A las esquinas se formaban grupos que me acompañaban con la mirada, como si yo fuera una persona sospechosa.

— ¿Donde vive el párroco? pregunté á algunos jóvenes; y éstos casi sin responderme me mostraron una escalera al lado de la iglesia, que daba á un portón.

Me apeé, subí la escalera, entré sin llamar y me metí en la primer habitación que se me presentó.

El párroco tomaba entonces su café; al verme se levantó sin sorprenderse y vino con su coadjutor á recibirme. Al principio me trató con incertidumbre, que se cambió en cordialidad cuando supo que yo era sacerdote.

— Conque, Sr. Cura, ¿aun no ha llegado Mons. Costamagna?

— ¡Monseñor Costamagna! Me parece que lo confunde V. con D. Albera.

— No, no le confundo con nadie. Monseñor debe llegar aquí y yo le he dejado algo atrás.

— ¿Pero porque no me han avisado? ¡Vah!

El buen cura con toda prisa tomó su sombrero, mandó preparar otra cena y mandó que me quitase aquel gorro inglés que llevaba. — Si parece V., me dijo, un ministro protestante; de buena se ha librado, si en el camino no le han tomado á pedradas.

— ¡Ahora me le explico, respondí yo; quizá la intención no faltaba!

— Puede V. estar seguro. Por estos días se esperan algunos protestantes *evangélicos*, que nos quieren regalar los padres de la libertad. El pueblo está furioso y les prepara como recibimiento una lluvia de peladillas del arroyo.

— ¿De veras señor cura, me han tomado por uno de aquella gente? ¿De buenas me he librado!

Montamos en nuestros caballos y atravesamos el pueblo en medio de la muchedumbre que me sorreía, al verme con el párroco y con nuevo sombrero en la cabeza.

— Miradme bien, dije yo á algunos: no soy yo el que os pensabais; no soy lobo, no, vengo para traerlos á vuestro pastor; dentro de poco llegará el obispo, que es muy bueno y os quiere mucho.

Y la palabra *Obispo* corría de boca en boca, de casa en casa, de calle en calle, como una bendición. Las puertas llenas de gente: en todas partes se agrupaba la multitud que regocijada esperaba á su pastor.

Acordémonos de él. — Pero V. Sr. Cura, no

me es desconocido ¿no nos hemos visto acaso en Callao, hace cinco meses, á bordo del vapor que traía del destierro á V. y al Sr. Canónigo Campuzano? Sí; allí nos saludamos, ¿quien se lo habría imaginado? ¿No es V. el P. Ordóñez, de los oblatos de Cuenca?

— Sí, precisamente.

— Y el Sr. Campuzano, aquella noble víctima de las iras masónicas, el primero en sufrir el destierro y el último en volver á la patria, ¿qué es de él? ¿Ha encontrado entre los suyos la paz después de haber sufrido persecuciones, despojos y calumnias?

— Sí; ha encontrado la paz, — me respondió el párroco, elevando los ojos al cielo y bajando después la cabeza — Ha encontrado la paz.

— Conqué ¿ha muertó?

— Pocos días después de haber llegado á su hermosa Quito.

— Dios le tenga en su gloria. El pobrecito parecía presagiar su suerte. Allí mismo á bordo de aquella nave, respondió á uno que le lisonjeaba con la esperanza de una mitra: No, no, ya no hay tiempo. Voy á mi patria sólo á llevar mis huesos.

Roguemos por él.

— Esta es precisamente la hora que más nos habla de los muertos y de él en especial. Aun era joven lleno de vigor y de brío. Una tarde, á la hora en que la última luz del crepúsculo desde el elevado Pechindra cubría de sombras la histórica ciudad Quito, él se despedía de tres de sus más queridos amigos: « Adiós, les dijo; vendrá una noche que no tendrá aurora. ¿Que será de nosotros dentro de algunos años? Amigos, hagamos un pacto; cuando veamos, como ahora, ponerse el sol, acordémonos de un amigo ausente, acordémonos de los muertos. » Calló entonces el Señor Cura y á poco añadió: sí, acordémonos de él. *Luz perpetua luceat ei.*

— Está bien, Sr. Cura, le dije yo, pero no nos olvidemos de los vivos. Apenas queda ya un rayo de luz y Monseñor aun no llega. Acaso hayan errado el camino... Pero, mire allá aquellas dos sombras: sí, son ellos: pobre Monseñor, está muerto de cansancio y de hambre; y el caballo no puede más.

— Excelencia, dijo en voz alta el párroco, bienvenido sea; *Benedictus qui venit*: mientras en un instante saltó del caballo y corrió á besar el anillo episcopal. — Excelencia, continuó, monte en mi caballo; y ánimo que sólo faltan dos pasos. Pero ¿por qué venir así de sorpresa? Si lo hubiéramos sabido al menos con un día de anticipación, le habríamos preparado una acogida como V. E. se merece.... A cualquiera se le ocurre venir así, *qua hora non putatis*. Al fin y al cabo no tendrá que quejarse si no encuentra las cosas á su gusto.

Las calles y plazas hervían de gente, que arrodillada y conmovida procuraba ver entre la sombra al obispo, y pedía su bendición. De todos los labios arrancaban las hermosas jaculatorias: *Alabado sea el SS. Sacramento del altar: alabado sea Dios y la Virgen María*. Y estas voces sublimes en su sencillez se sucedían continuamente como el eco centúplice de un solo pensamiento.

Las campanas tocaban el *Ave Maria*.

Al último resplandor del crepúsculo, se había sucedido la noche.

PATAGONIA TERRITORIO DEL NEUQUÉN

Visita Pastoral y Misión

DE S. S. I.

Mons. JUAN CAGLIERO,

Obispo de Mágida

y Vicario Apostólico de la Patagonia

Carta Quinta.

RMO. Y AMAD^{mo} SR. D. RÚA:

Las Lajas, Febrero 16 de 1902.

Abrigo la esperanza que habrá recibido mi anterior, referente á la misión de *Quili-Malal*. Ahora le remito la presente, que le informará de otras dos misiones, llevadas á cabo en *Loncopué* y en *Las Lajas*.

La alborada del 27 de Enero, los buenos pobladores de *Quili-Malal* y los indios, que habían pasado la noche entre las matas ó al abrigo de los arbustos, venían para oír por última vez la palabra de Dios, y recibir la última bendición de Monseñor.

Celebrada la santa Misa, y distribuida la santa Comunión á no pocos de ellos, S. S. I. les dejó preciosos recuerdos de vida cristiana, y se despidió luego de sus queridos hijos, quienes después de acompañarle por largo trecho, ya no sabían separarse de tan bondadoso Pastor: las lágrimas que brotaban de sus ojos demostraban el filial afecto de sus nobles corazones.

Después de una hora de camino por floreadas praderas y campos cubiertos de ricas mieses llegamos al arroyo de *Norquin*, que baña el valle del mismo nombre. Como le dije en mi anterior, es este un valle muy hermoso, en forma de un grandioso anfiteatro, de cinco á seis mil hectáreas de superficie: tiene el aspecto de una laguna seca: el terreno es de mucha vegetación, cubierto de gramíneas y de pasto *mallin*: el riego es muy fácil, pero las frecuentes heladas, aún en pleno verano, constituyen un serio peligro para la agricultura.

En una rápida cuesta que da á dicho arroyo, á pesar de todas las precauciones, volcóse el carrito de la carga y equipaje, rompiéndose las varas y peligrando la vida del soldado, que manejaba los caballos. Por suerte los buenos ami-

gos, que nos acompañaban, lograron muy pronto componer todo desperfecto.

Al dirigirnos hacia las playas del río *Agrio*, mientras el sol en las horas de su máximo calor, parecía abrasarnos, la Providencia enviaba á nuestro encuentro á unos piadosos campesinos, que dos días antes habían estado en *Quili-Malal* y participado de la misión. Nos obsequiaron con agua fresca y sabrosa leche, con lo que apagamos la ardiente sed que nos acosaba; y para nuestra cocina ambulante, nos proporcionaron un queso y un grueso terrón de sal mineral, recogido en la Cordillera.

El río *Agrio* (que es el mayor afluente del Neuquén) como su mismo nombre lo indica, tiene las aguas de un sabor agrio, debido á cierta cantidad de sulfato de aluminio en disolución;



La vega de Norquín.

y nace de un manantial que brota al pié del *Copahue* (volcán apagado). Echando azúcar en un vaso de esta agua, se obtiene una excelente limonada. Es un río de mucha corriente y de anchuroso cauce, todo cubierto de piedras desprendidas de las montañas vecinas.

Encontrándonos sin bote y sin balsa, nos vimos precisados á vadearlo á caballo, y sesteamos después en la orilla derecha, bajo la sombra de los arbustos silvestres. Los soldados nos prepararon un asado de cordero, que juntamente con el queso regalado y un poco de galleta, formó nuestro almuerzo ese día. El clarete nos lo proporcionó el río, y á pesar de hallarnos á nueve leguas de su origen naciente, encontramos sus aguas todavía *agriás*.

Siguiendo el camino entramos en la vasta y romántica llanura llamada *el Escorial*, llamada así por que surgen allí montones de piedras volcánicas, de forma muy fantástica: parecen ruinas de castillos, cuevas, columnas, casas y torres

derrumbadas.... Y mientras contemplábamos estas maravillas de la naturaleza, otro panorama se nos ofrecía á la vista: eran las altas cumbres de la Cordillera, que con sus blancas nieves, reflejaban hermosos colores en las nubes, y adornaban la azulina bóveda del Cielo.

Al ponerse el sol, entrábamos en el ameno valle llamado de *Gucencó* (agua de Paraíso), por su claridad y pureza. De aquí seguimos el camino en dirección al grande *cañadón del Pino*. Un grueso pino, como centinela fiel, indica al viajero el camino y le brinda á contemplar la belleza de aquel campo, cubierto de pastos y sembradas, por donde serpentean las aguas, que lo fecundizan.

La bajada á este valle nos costó bien cara: por segunda vez se nos rompió el *break*, y á

duras penas pudimos arrastrarlo hasta la vivienda del Sr. D. Manuel Sepúlveda. Este ya conocía á S. E., pues lo había tenido como huésped en su casa del *Rinhuico*, durante la misión del año 1887. Nos trató con las más finas atenciones, y su digna esposa nos proporcionó unas piezas de género para adorno de nuestro altarcito, con lo que improvisamos muy pronto una capillita.

Cundió muy pronto la noticia de la llegada del Sr. Obispo; y acudieron presurosos los vecinos á bautizar y confirmar sus criaturas, confesarse y legitimar algún matrimonio. Una puerta vieja llena de rendijas sirvió de confesonario; allí confesamos hasta muy avanzada noche.

La mañana siguiente Monseñor celebró la Misa de Comunión, confirmó las criaturas de una familia, llegada á última hora! Concluida la pequeña misión, arreglamos nuestro equipaje y nos despedimos de nuestros amigos, aguardándonos ya los soldados con el *break*, arreglado ya y pronto para la salida.

Encuentro providencial — En el valle Hualcupén — Llegada á Loncopué — Feliz éxito de la misión.

Al subir la opuesta y dificultosa barranca del arroyo, las mulas rehusaban obedecer, y nos vimos precisados á apearnos para facilitar el ascenso, y ganar la próxima meseta. Después de tres horas de marcha penosa y de muchos contratiempos, avistamos finalmente una numerosa comitiva, que sobre briosos caballos corrían hacia nosotros. Era el señor D. Pedro Nazarre, dueño de la estancia *La Argentina*, que acompañado de sus principales amigos y vecinos de *Loncopué*, venía al encuentro del tan esperado y deseado Pastor. La presencia de estos caballeros fué para nosotros providencial, porque sin su auxilio no habríamos podido bajar la loma y escarpada barranca del *Hualcupén*.

Baqueanos como ellos solos, y con una actividad admirable, limpiaron el camino y apartaron las piedras más gruesas; y mientras nosotros nos deslizábamos á pié, ellos bajaban á pulso el *breack* y el carrito de la carga. Llamaron los indios ese valle con el nombre de *Hualcupén*, por estar poblado de frondosos y verdes *chacayes*, á cuya benéfica sombra tomamos un breve descanso.

El encargado de aquella hermosa vega y dueño de una casa de negocio allí establecida, es un italiano, que Monseñor había conocido en *Carmen de Patagones*. Fuimos bien recibidos y agasajados, junto con los veinte ginetes de nuestra escolta. Estos al rededor de una gran fogata, se comieron con buen apetito un rico asado. El manantial, que brota de las hendiduras de un grueso peñasco, nos brindó con su fresco *champagne*; por lo tanto no echamos de menos ni el *panquehue* chileno, ni el *Burdeos* francés.

Llegado el momento de partir, empezó la caballada de reserva á vadear el arroyo y á subir la sierra áspera y pedregosa; siguieron las mulas, arrastrando los vehiculos, y por último Monseñor, montado en su *manso alazán*, como él le llama, y acompañado de todos los caballeros. Un nuevo percance nos aguardaba: en la cumbre de aquella loma escarpada, el *break* rompióse por tercera vez, y Monseñor aunque muy fatigado, tuvo que continuar viajando á caballo toda la tarde. Antes de llegar á *Loncopué*, hay una bajada de unos 200 metros, y tan difícil y fiera, que al sólo verla espanta. Esta la hicimos á pié y con las mayores atenciones para impedir toda desgracia.

Como á Dios plugo, llegamos al gran valle de *Loncopué*, por donde corre el riachuelo que le da el nombre. Vimos la capilla de *Nuestra Sra. del Pilar*, la escuela, la oficina telegráfica y la hermosa estancia del Sr. Nazarre, alfom-

brada de alfalfa, plantas y flores, y rodeada de un bosque de álamos, que la defienden de los vientos. Estos adelantos y la incipiente colonia, se deben al tacto inteligente del Sr. Nazarre y á sus finos modales, con que sabe cautivarse los ánimos de sus vecinos, y animarlos á una obra de tanto interés para el Territorio.

A Monseñor le habían preparado en la estancia una cómoda y conveniente habitación, pero prefirió alojarse en la baja y pequeña sacristía, sirviéndole á la vez de confesonario para hombres. Los demás Padres se alojaron en la próxima escuela de niños.

Entramos en la devota capilla, donde en un elevado y hermoso nicho, se venera la sagrada efigie de *Ntra. Sra. del Pilar*. En el altar todo era orden y limpieza, precioso el adorno del mismo con flores y luces, y elegante el tabernáculo para guardar el Santísimo Sacramento. Esto es debido á la señora é hijas de D. Pedro Nazarre.

Con las preces de costumbre y un patético sermón, S. S. I. dió comienzo á la importante misión de *Loncopué*; y los ocho días de nuestra permanencia allí, fueron días llenos de frutos de vida eterna. Una numerosa concurrencia llenaba el pequeño santuario de María, especialmente durante la celebración de las Misas, y escuchaban con placer la palabra de Dios.

Para comodidad de los confirmandos y para evitar la demasiada aglomeración de personas, Monseñor administraba este Sacramento tres y más veces al día. Nuestro activo catequista Sanbernardo estaba encargado de asentar los nombres y las partidas de las confirmaciones, bautismos y casamientos.

A la explicación de la Doctrina Cristiana, tanto por la mañana como por la tarde, acudían presurosos los niños y las niñas, acompañados muchas veces de sus padres, deseosos de recordar las verdades de la fe. En la función, que tenía lugar á la puesta del sol, la devota concurrencia llenaba no solo la capilla, sino también el jardín y plazuela de en frente.

De todas partes y á todas horas llegaban familias y más familias; el día lo pasaban en la Iglesia, y por la noche se abrigaban entre las espesas *cortaderas* (*gynerium argentinum*) á orillas del vecino riachuelo y formando cada una su círculo en torno de sus fogatas. Dos sacerdotes atendían á las confesiones, mientras otros se ocupaban en los bautismos y legitimación de matrimonios. Fueron días de mucho trabajo, pero también de mucho consuelo!...

El tres de Febrero se colocó y se bendijo una gran cruz, como recuerdo de esta visita pastoral y misión. El día siguiente Monseñor celebraba muy temprano la santa Misa y distribuía á los

numerosos fieles el *Pan de los Angeles*. Momentos después se despedía de ellos para tomar el camino de *Las Lajas*, adonde otros hijos lo estaban esperando.

En marcha hacia *Las Lajas* — Pequeña misión en *Guarinchenque*.

Al salir de *Loncopué* pasamos por la estancia del Sr. Nazarre, pues, él y su familia, aunque algo distantes de la capilla, habían asistido á

Campana-Mahuida, cuyas faldas bañan las aguas del *Agrio*. Encierra al Este ricas minas de plata, cobre y hierro; y al Oeste, no se sabe por cual fenómeno, se oye á veces, como el tañido de una gran campana echada á vuelo: por cuyo motivo los indios llamaron este cerro *Campana-Mahuita* (cerro-campana). Era este el punto, donde ellos se juntaban para pelear, y las faldas de este cerro quedaron muchas veces empapadas en sangre y cubiertas de cadáveres.



Campamento de *Las Lajas*.

todas las funciones de la misión, y sus dos hijas mayores se habían preparado para el día más hermoso de la vida, la *Primera Comunión*.

Fuimos obsequiados con un regalado almuerzo, y despidiéndonos luego de la familia, nos acompañaron dicho benemérito Sr. Nazarre y numerosos caballeros, con el fin de ayudarnos en las peligrosas bajadas del *Manzano* y del *Yumu-Yumu*, como también en el vado de aquellos profundos ríos de vertiginosa corriente. Al emprender la subida de la loma derecha del río *Agrio* nos separamos de nuestros inolvidables amigos, Sr. Nazarre y caballeros: algunos de ellos empero quisieron acompañarnos hasta *Guarinchenque*.

Descansamos un rato frente al célebre cerro

Allí, el valle del *Agrio*, es todavía poblado por muchos de sus primitivos dueños, los indios. Son ahora cristianos, viven trabajando en el campo y poseen rebaños de ovejas, alfalfares y preciosos trigales.

A la puesta del sol, entrábamos en el pintoresco valle, que los indios bautizaron con el nombre de *Guarinchenque* (cementerio de aves). Vadeamos el arroyo y aceptamos con gusto la hospitalidad, que el señor Juan Beróisa nos ofreció en su ranchito.

Debiendo tan sólo pernoctar aquí, fué providencial la cooperación y auxilio, que nos prestó una piadosa y muy activa señora chilena, quien con gran abnegación y sacrificio fué á caballo de rancho en rancho, á participar nuestra lle-

gada á todas las familias diseminadas por la extensa vega. Sabedores de tan fausta nueva, abandonaron inmediatamente sus chozas y corrieron á porfía á saludar al Sr. Obispo, confirmar á las criaturas y cumplir con sus deberes religiosos, pues hacía años, que no habían tenido tal suerte.

En un aposento pobre, muy pobre como el portal de Belén, preparamos el altarcito de misión, rezamos luego el santo Rosario y, después de un breve sermón de Monseñor, dimos comienzo á las confesiones, que duraron hasta las doce de la noche. Por la mañana, muy temprano, celebramos la santa Misa; y era de ver con que espíritu de fé y piedad cristiana, asistieron á ella y recibieron la santa Comunión los niños y las niñas, jóvenes y ancianos, padres y madres de familia. En seguida Monseñor administró la S. Confirmación á muchas criaturas, y algunos indios adultos. Tomado un ligero desayuno, dejamos á la devota concurrencia, y seguimos nuestro viaje hasta *Codihue*.

Pasamos al pié de un peñón colosal, de más de 400 metros de altura: en sus elevadas cuevas tienen sentados sus reales los cóndores, los buitres y las águilas andinas. Son los piratas del desierto: en los valles y en las solitarias cumbres de las cordilleras, sorprenden la presa con sus garras, que son como garfios, ó se arrojan sobre corderillos indefensos, llevándoselos al nido bajo el pabellón de sus alas y compartiéndolos con sus hijuelos. Un valiente cazador de montaña, con tiro certero, alcanzó a matar un cóndor: es un monstruo de ave, y sus alas sólo, median dos metros y medio de envergadura.

Al dejar la hermosa planicie del Agrio para subir una árdua y vasta meseta, encontramos cerca del camino un pozo, que los indios llaman el *Pozo de Gualicho* (demonio), porque creen que de allí baja él para ir á su casa. Tiene unos 60 metros de circunferencia, y dicen que anteriormente no se le conocía el fondo: este se vé ahora cubierto de tierra cenicienta y en forma de un embudo.

Cruzando la *travesía* del Pozo, nuestros caballos y mulares, presintiendo el fin de la jornada, hicieron á todo galopé la suave bajada de *Codihue*, y en menos de una hora, habían andado tres buenas leguas.

Codihue (palabra araucana que significa: *pie-dra de afilar*, porque hay grandes canteras de estas piedras) es un antiguo *fortín*, cuyas ruinas aún existen. Descansamos en la casa del Señor Ascheri, de nacionalidad italiano, que á fuerza de paciencia y de sudores trasformó una buena parte del valle en un precioso jardín, en verde praderías y exuberantes alfalfares. Hallamos aquí buena acogida, buena comida y buen vino, que

nos desquitó de los ayunos á queso y agua, de los días anteriores.

El río *Codihue* lo pasamos á corta distancia de su afluente el *Aichol*. Los dos nacen en la Cordillera de los Andes, y después de bañar amenas vegas y fértiles cañadas, se unen al *Agrio*. Continuamos el viaje hasta llegar á un peligroso desfiladero, que salvamos felizmente. Avistamos entonces el pueblecito y el estratégico campamento de *Las Lajas*.

Las Lajas - Campamento - Misión.

Las Lajas, centro del Territorio del Neuquén y á medio camino de *Chos-Malal* á Junín de los Andes, es un ancho y largo valle de mucha fertilidad, regado por las aguas del caudaloso *Agrio*. El arroyito *Las Lajas* (así llamado á causa de las vecinas canteras de piedras lisas) que desagua en dicho río, da el nombre á esta importante comarca. La hermosa y grande planicie está cercada de altas barrancas y cerrada á Occidente por la cordillera nevada de *Aichol*; mide unas mil hectáreas de tierra fértil y cultivable; pero es azotada por vientos recios y frecuentes. Es campamento militar del 2º de caballería, destinado á guardar las fronteras, y hacer el servicio de comunicación entre los fortines que cruzan los caminos para *Roca*, *Chos-Malal* y *San Martín*. Tiene un grandioso cuartel al frente de una alameda y vasta plaza, rodeado de muchas casas y anchas calles; es asiento del correo y telégrafo y centro de comercio: todo un elemento, pues, para formar un lindo pueblo. Es de sentir que la inundación de 1899 haya destruído la Iglesia y algunos otros edificios públicos. Sus altiplanicies y especialmente la del Sur (de mil hectáreas) son regables por las aguas del arroyo *Pichi-Malil*. Y á la verdad recrean la vista unas cuarenta *cuadras* cubiertas de verdura, y llama la atención la próxima estancia de D. Demetrio Alsina, que puede rivalizar con las mejores de las provincias.

Tres leguas antes de llegar al campamento, el señor Coronel D. Martín, gran amigo personal de Monseñor y de los Salesianos, había enviado á nuestro encuentro un soldado, y poco después un oficial con dos cabos de ordenanza, para escolta de honor de S. S. I. El bondadoso Prelado vióse precisado á revestirse de las insignias episcopales, porque le esperaba un recibimiento oficial. Según las leyes argentinas corresponden á los Obispos los honores de General de Brigada. Efectivamente el regimiento se había puesto en orden de parada, la bandera flameaba sobre el asta del alférez, y la oficialidad y la tropa al toque de la banda militar, saludaban al amado Padre y Pastor, quien acompañado del señor

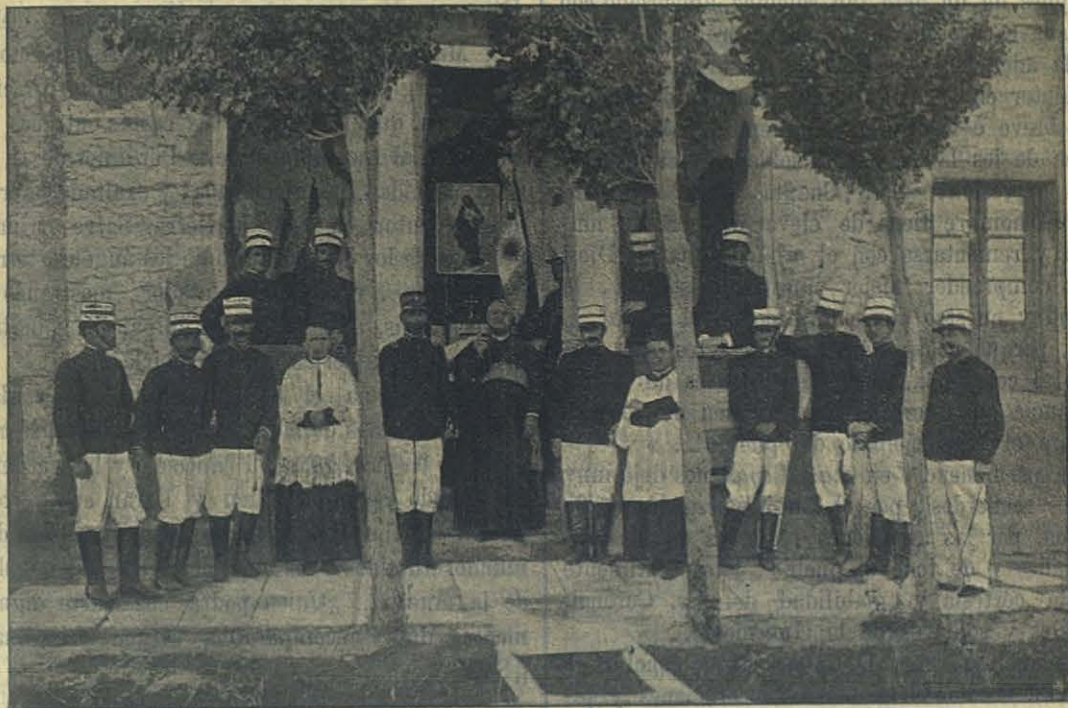
Coronel restituía el saludo y bendecía á la Guarnición.

Encontramos también una comisión de vecinos reunidos para recibirnos, y una cómoda casa ya preparada al efecto, con una bonita capilla, adornada de los colores patrios y una preciosísima estatua de la Purísima, único resto de la pasada inundación.

A los dos días de nuestra llegada, todo el Regimiento y las Autoridades asistieron á una Misa de campaña, rezada en el atrio de la casa (capilla provisoria) adornado con banderas de

Nuestra permanencia en Las Lajas fué de doce días; en el interin llegaron los RR. PP. Domingo Milanés y Mateo Gavotto, de la importante misión del *Trucumán: venerunt cum exultatione, portantes manipulos suos*, y nos fueron de valioso auxilio.

Participaron de la misión los del pueblo y los campesinos de los valles inmediatos del *Cuncó, Codihue y Aichol*, y no pocos vinieron de veinte y más leguas de distancia, para oír la palabra de Dios (predicada tres veces al día) y recibir los SS. Sacramentos



Mons. Cagliero bendice la Guarnición de las Lajas.

distintas nacionalidades. La celebró Monseñor, dirigiendo al fin una calurosa alocución á los soldados sobre la importancia del acto religioso cumplido en honor del Dios de los ejércitos, ante el cual se han inclinado los más grandes y valientes capitanes, como un Constantino el Grande en la conquista del imperio; D. Juan de Austria en la batalla de Lepanto y Juan Sobieski en la libertación de Viena; que aprendieran por lo tanto á amarle en su divina ley y á temerle en su poder supremo: terminó exhortándolos á la sumisión, acatamiento y obediencia á la disciplina militar, por deber y amor á la patria. Puso término á tan grata é interesante función un grupo fotográfico, representando á S. S. I. rodeado del clero asistente y de toda la oficialidad, en el acto de bendecir á la tropa.

Tuvimos por tres días y tres noches un viento que se desencadenó furioso de la vecina Cordillera, levantando verdaderas nubes de polvo que llegaron á oscurecer el sol; á pesar de todo esto la concurrencia á la misión fué siempre continua y numerosa.

Muy agradecidos ellos, ya no sabían como expresar su contento y alegría, y nos ofrecieron en su pobreza pan, queso, huevos y sabrosos pichones para lo restante del viaje; y unas buenas niñas nos presentaron trabajitos de mano para adorno de nuestros altarcitos.

El día anterior á la salida para la misión de *Cohunco*, preparados con las debidas instrucciones, un buen número de soldados acudieron al Tribunal de la Penitencia, y al día siguiente (domingo) á las 7 de la mañana, se confirmaron

y recibieron la santa Comunión de mano de Monseñor, el cual después del incruento sacrificio, les dirigió un oportuno é interesante sermoncito. A las 10 llegaban las Autoridades locales acompañadas de los más distinguidos vecinos, y el Sr. Coronel con toda la Guarnición, para asistir á una Misa de campaña, rezada por el R. P. Domingo Milanésio, oída por todos con gran devoción. En esta hermosa circunstancia el infatigable Misionero, con fácil y persuasiva palabra, emocionó vivamente á la tropa, animándola al cumplimiento de sus deberes religiosos. Después de un acto tan solemne, amenizado con los suaves acordes de la banda militar, después de la adoración y saludo de las armas á Cristo Redentor en su Augusto Sacramento, después de este breve é insólito recogimiento, salía espontánea de los labios de los soldados y ciudadanos esta expresión: — « ¡Cuanta es la necesidad que el hombre tiene de elevarse sobre la materia y remontarse con el espíritu hacia Dios, para comprender mejor nuestra existencia, la virtud y nuestro eterno destino en el Cielo!..... ¡Oh, porqué no se repiten estos actos que hablan al corazón!... ¡Porqué no se les da la importancia que merecen para el bien del soldado y para el buen ejemplo del pueblo!... »

La permanencia en *Las Lajas* nos dejó muy gratos recuerdos, por el fruto conseguido en la Misión, por las atenciones recibidas de las Autoridades y de todo el pueblo, y especialmente por la cortesía y amabilidad del Sr. Coronel, oficiales y soldados de la Guarnición.

Amadisimo Señor D. Rúa, voy á concluir la presente encomendándome á sus oraciones y pidiendo su bendición. Pídele también que mande obreros evangélicos para que transformen la Patagonia en un delicioso jardín de la Iglesia.

Affmo. hijo en J. C.
JUAN BERALDI, Pbro.



SALVE, MARÍA, tesoro preciosísimo del cielo, Madre de Dios, luz eterna, purísima corona de la virginidad y cetro de la divina gracia. Salve Tú, que llevaste en tus castas entrañas al Inmenso, al Incomprensible... Por amor de tí, la Sma. Trinidad fué glorificada, y exaltada la cruz del Redentor en toda la tierra. Salve, triunfo glorioso de los cielos, júbilo de los ángeles, terror del abismo... venciste al tentador, mostrando á las criaturas, á pesar de la culpa, las puertas del Paraiso, abiertas para recibir las.

Por Tí reina el conocimiento de la verdad sobre las ruinas de la idolatría; los fieles se regeneran en las aguas del bautismo y las naciones del mundo se arrepienten y lloran sus yerros. Por tí el Hijo Unigénito de Dios, lumbrera del mundo, iluminó á los que yacían en las tinieblas de la muerte... ¿Quién podrá ensalzarte dignamente, Madre incomparable, Virgen Purísima? ¡¡Salve!!

(S. CIRILO de Alejandria.)

Salud de los que la invocan.

La Sra. E. P. de esta ciudad encontrábase bastante enferma, y á pesar de haber agotado todos los medios que sugiere el arte médico, no encontraba mejoría. Decidióse entonces dejar los medios humanos y se acogió á la Sma. Virgen, pidiéndole la salud. Así lo hizo y prometió además, si conseguía la salud, de dar un suere mensual para la Obra salesiana y hacerse cooperadora. La Sma. Virgen no dejó vanas sus esperanzas, pues, sanó completamente, y hace más de un año que goza de perfecta salud. De su parte cumplió la Señora su promesa, suplicando se publique este favor á gloria de María Auxiliadora.

Quito, 8 Octubre 1902.

GUIDO ROCCA, pbro.

Una noble matrona de Quito, D^{ña}. M. C. v. de F., encontrábase en días pasados amenazada de un pleito por asuntos de aguas, cuyo usufruto pretendían quitarle unas personas mal intencionadas. En este apuro acordóse de María Auxiliadora y de su obra en la Tola, y llena de confianza le pidió la librería de tal pleito, ofreciendo si conseguía la gracia una limosna de 20 sucres, para la Casa salesiana. María se dignó escucharla, se desvaneció el pleito, y cumplió también por su parte la promesa, deseando que se conozca la gracia recibida para la mayor gloria de Dios y de su Madre Augusta, María Sma. Auxilio de los Cristianos.

Quito, 27 Noviembre 1902.

GUIDO ROCCA, pbro.

María, Madre de bondad.

Hallándose la Sra. D^{ña}. Dolores Font de Vila en grave peligro de muerte, y habiendo llamado á varios médicos para que le aplicaran los remedios que el caso requería, estos declararon que nada podían hacer, pues en lo humano no lo había.

Entonces propuse á todos los allí presentes, recomendar el caso á María Auxiliadora, á la cual acudimos, rezando delante de una devota imagen de tan buena Madre. Desde entonces empezó la enferma á mejorar notablemente hasta el punto de hallarse en la actualidad restablecida.

Agradecida la paciente y familia, ofrece por tal beneficio á María Auxiliadora hacer celebrar el 17 de cada mes, fecha del día en que ocurrió el hecho, una misa en acción de gracias en su altar de la iglesia que tiene consagrada en Sarriá (Barcelona).

Barcelona, 1^o Enero 1903.

Una Cooperadora.

María Consuelo de los afligidos.

Son tantas las gracias que me ha concedido esta bondadosa Madre, bajo la invocación del dulce título de Auxilio de los Cristianos, que mi pluma no puede trazar con fidelidad la gratitud y amor que siente mi corazón.

Ella devolvió la salud á mi hija, jóven de 22 años, que á consecuencia de tifoidea estaba desahuciada por los médicos, había ya recibido el Sto. Viático y estaba casi en la agonía. Ya en convalecencia cayó enferma de la misma dolencia otro hijo mío, joven de 16 años, que recobró la salud por mediación de tan buena Madre; pero como si la Virgen Sma. quisiera poner á prueba nuestra fé, más tarde fué acometido de un ataque nervioso y

perdiendo el sentido, quedó en un estado tal de enagenación mental, que estaba totalmente demente. Nuestro desconsuelo llegó al colmo de la desesperación. La ciencia era impotente: nuestras súplicas, nuestras lágrimas entonces se dirigen á María, único refugio en nuestra triste situación. Por espacio de seis meses dirigimos nuestras plegarias á María y el mes dedicado á tan gran Señora, á la más pura de todas las flores, el último día del mes de Mayo se encontraba mi hijo casi en su conocimiento y á los pocos días recobró su razón y su salud, que hasta hoy es inmejorable.

Otras muchas gracias se ha dignado concedernos esta celestial Madre y entre ellas una muy singular. Mi hija de resultas de su alumbramiento quedó tan mal que después de tres meses de continua fiebre y una tos pertinaz, los médicos nos manifestaron que una tisis lenta consumía su existencia y desconfiaban de salvarla. En tan desolada situación vuelvo los ojos á María, suplicándole me concediera esta nueva gracia, pidiéndole de lo íntimo de mi corazón la salud de aquella que dejaría sin madre á su pobre hijo, ofreciéndole yo una libra de cera. Empecé enseñada una novena. La paciente por su parte ofreció salir tan pronto, como recobrase la salud, á pedir limosna para el culto de María Auxiliadora y hacer celebrar una Misa en acción de gracias en su capilla.

El primer día pareció que de nada servían nuestras plegarias, pues tenía 41 grados de fiebre; pero nuestra fé no se disminuía y pedíamos con más fervor. Cosa singular: el último día de la novena, sólo tenía cinco décimas más del calor natural y al día siguiente había desaparecido por completo, entrando en convalecencia. Encontrándose hoy en perfecto estado de salud cumplimos nuestras promesas y damos gracias á tan bondadosa Madre, y deseo se publique en el BOLETÍN, para que todos los Cristianos acudan en sus tribulaciones á la que con razón lleva el dulce título de Madre del género humano y Auxilio de nuestras necesidades.

¡Viva María Auxiliadora!

Una Cooperadora.

Montilla, 4 de Febrero de 1903.

Dan también gracias á María Auxiliadora con toda la efusión de su alma y envían sus ofertas:

Barcelona. — El niño *Francisco Javier San-doral*, habiendo sido atacado de una peligrosa enfer-

medad y declarado los médicos que los remedios de la ciencia no eran capaces de salvarle, recurrieron sus padres á María Auxiliadora y obtuvo á los pocos días completa curación.

Burgos. — *Francisca Monteverde*, porque obtuvo la curación de un hijo suyo y otras dos personas de la familia, queda eternamente agradecida á la bondad de María Auxiliadora.

Cádiz. — *Rosa Ellermán*, por haber alcanzado de María la curación de un niño.

Coruña. — *S. C. de Icolla*, por una gracia obtenida por intercesión de María Auxiliadora.

Ibidem. — *Felisa Osoreo de Fernán*, agradecida por dos favores recibidos.

Ibid. — *C. V. y V.*, hallándose afligida por un asunto de difícil solución, acudió á María Auxiliadora pidiéndole lo tomase por su cuenta; y todo resultó, como dirigido por Ella, con el éxito más feliz.

Ibid. — *Beatriz Morán de Suárez*, por haber conseguido un favor de la Auxiliadora de los Cristianos.

Granada (Nicaragua). — *Guillermo Gómez*, por que estando en grave peligro de perder un ojo, que á causa de la caída de una rama tenía herido, acudió á María Aux. y pronto obtuvo la curación.

Ibid. — *Francisco Somarriba*, habiéndose extrañado una considerable suma de dinero, se encomendó á María Aux. y al poco tiempo apareció.

Ibid. — *Rosalía v. de Quiroz*, por varios favores recibidos.

Guatemala (Centro-América). — *Un Cooperador salesiano*. Enferma una persona querida de pulmonía doble y desahuciada de los médicos, ofreció una Misa y rogó á María Aux.; la mejoría comenzó al punto y hoy está completamente restablecida.

Jerez de la Frontera (España). — *P. F.*, encontrándose su madre agravada por fuerte enfermedad y sin esperanza en lo humano, recurrió á la intercesión de María Aux., y obtuvo al punto la curación. = Del mismo modo obtuvo también la de una hermana suya. — Encontrándose además una joven después de largos y penosos sufrimientos en peligro de perecer y sometida á una difícil, cuanto desesperanzada operación, sanó por especial protección de María.

La Libertad (San Salvador). — *Manuel Baroana*, agradecido á María Aux. por haber sanado su madre de una peligrosa caída, que le ocasionó la rotura de un pie: está completamente restablecida.

Malpica (Coruña). — *B. N.* Hallábase enferma de los ojos y á riesgo de perder la vista; postróse delante de la imagen de María Aux. rogó que la sanara y prometió conlugar en su honor: al poco tiempo la enfermedad había desaparecido. — Agradecida eternamente por haber devuelto la salud á un niño que estaba en peligro de muerte.

Quito (Ecuador). — *D. Guido Roca*, pbro., en nombre de una Cooperadora que alcanzó una gracia especial de María. — En nombre de otra Señora, que angustiada por hallarse en mal estado sus negocios, se propuso ayudar á la obra salesiana y propagar el culto de María Aux.; la fortuna mejoró y pudo recaudar del gobierno sumas que creía ya perdidas. — En nombre de la Srta. Teresa Rodríguez, que sanó de un fuerte y continuo dolor con sólo ponerse la medalla de María Auxiliadora.

Salamanca. — *Felipe Bautista*; estando un hijo suyo de 5 años atacado de fuerte bronquitis, y no siendo suficientes los remedios de la ciencia para salvarle, acudió á María Aux., ofreciendo 4 Misas: desde entonces empezó la mejoría y hoy está completamente curado.

Valladolid (España). — *Jesusa Mariscal*, agradecida por haber salido su madre con bien de una grave enfermedad.

Vigo (Pontevedra). — *I. A.*; encontrándose su esposo enfermo de un tumor maligno y expuesto á una peligrosa operación, pidió á María Aux. que lo sanase sin necesidad de operarle, prometiéndole conlugar y publicar la gracia; María la escuchó y aquella misma noche el tumor se abrió sin necesidad de operación y á los pocos días sanó completamente.



El Sr. Don Luis Costamagna (De Caramagna-Piemonte).

UNA encumbrada personalidad, una simpática figura de ferviente católico, uno de aquellos hombres de fe á toda prueba, pronto siempre á hacer bien á todos, ha sido arrebatado por la inexorable guadaña de la muerte el viernes 28 de Noviembre.

El muy querido Don Luis Costamagna, hermano del celoso Obispo salesiano de América, tras una larga y penosa enfermedad soportada con santa resignación y confortado con todos los auxilios religiosos, entregaba suavemente el alma en manos de su Creador, al amanecer del día consagrado al Divino Corazón, de quien era tan devoto, á la edad de 69 años, dejando en profundo luto á su esposa, á dos hijas de María Auxiliadora que tuvieron el consuelo de asistirlo en sus últimos instantes, y un hijo misionero salesiano, á su hermano Obispo, á sus parientes y allegados y á todo el pueblo de Caramagna, que tanto lo estimaba y quería sinceramente por la innata bondad de su corazón.

De este afecto dióse una hermosa prueba la mañana del sábado en los funerales; pues puede decirse, que todo el pueblo caramagnense acompañaba el féretro que pasaba entre dos alas de pueblo conmovido. Asistían todos los representantes de las varias obras á que el difunto había eficazmente cooperado y un numeroso acompañamiento de amigos, que imploraban el eterno descanso para el alma de su querido deudo.

En el cementerio, después de las últimas exequias, con dolorido acento, dió el último adiós á los llorados restos el R. P. Rinaldi, en nombre de los Salesianos, de las Hijas de María y de los Cooperadores; el Sr. Ferrero por sus compatriotas, en quienes quedará siempre grabada la memoria de sus esclarecidas virtudes, especialmente de su piedad y su acendradísima devoción al Sagrado Corazón de Jesús y á María Auxiliadora.

CRÓNICA SALESIANA

SENADO DE S. PABLO DEL BRASIL

Sesión ordinaria del 13 de Agosto de 1902.

PRESENTAMOS á nuestros lectores parte de una discusión habida en el Congreso Legislativo, en la cual se muestra admirablemente el celo del Exmo. Sr. Consejero Duarte Azevedo como católico y como Cooperador Salesiano. Después de varias propuestas para la creación de un instituto correccional, industrial y agrícola para los delincuentes de menor edad, continúa el Exmo. Sr. Consejero Duarte de Azevedo:

— Acepto el proyecto y votaría por él, pero á mi parecer en ciertos puntos podríamos hacer cosa mejor.

Así, veo que esa colonia penal sirve para los vagabundos de mayor edad; la casa de corrección para los de menor; pero la casa de corrección para los pequeños mendigos, pilluelos, ociosos, perdidos, para los niños abandonados en las calles, para esos, Sr. Presidente, no creo que la casa de corrección sea el mejor abrigo.

El Sr. Ezequiel Ramos. — Una escuela gubernativa produciría mejores resultados.

El Sr. Duarte Azevedo. — Voto por esa escuela, por que es una escuela de más, pero esa escuela podría ser mejor. Señores, en el Congreso de San Petersburgo decía un diputado de Varsovia al presentar una notable relación: En el progreso del crimen, se nota extraordinariamente que crecen los crímenes de los menores de edad.

El Sr. Pablo Egidio. — Es un hecho. Infelizmente es así.

El Sr. Duarte Azevedo. — Pero, ¿cual es la causa de éso? se preguntaba aquel espíritu superior.

El Sr. Ezequiel Ramos. — En Europa, no en el Brasil.

El Sr. Duarte Azevedo. — La causa es la mala educación, la causa es que esos niños no han sido educados en el convencimiento de las leyes divinas y humanas, que sus padres no conocían. ¿Cual es el remedio para éso? — Es, sustituir ese poder ignorante y corruptor de los malos padres, por una autoridad benévola y caritativa, que inculque en el espíritu de los hijos una educación cristiana y moral.

El Sr. Pablo Egidio. — Indiscutiblemente ese es uno de los elementos.

El Sr. Duarte Azevedo. — Sin eso, Sr. Presidente, no lograremos jamás una reforma seria.

Cuando un ministro inglés entró en un establecimiento de D. Bosco, se admiró de que se pudiese mantener un orden tan inalterable entre quinientos niños, y preguntó á aquel grande educador del siglo pasado, el mayor educador del siglo, aquel á cuyas obras el jurado de la exposición universal de París concedió una medalla

de oro: ¿Cómo conseguís éso? Y él respondió — Con los medios religiosos. — Pero ¿no será posible, replicaba el ministro inglés, alcanzarlo de otro modo? — No. Prescindiendo de la Religión es necesario recurrir al castigo.

— Tenéis razón, dijo el ministro de la reina Victoria: Religión ó palo.

Ahora, en nuestras escuelas suprimimos los castigos corporales, y deben suprimirse, por que en el sistema de nuestra legislación no se admite ya, y ésto es lo que importa; ¿qué es lo que queda? La autoridad del director, de los maestros, de los vigilantes... ¿es ésta suficiente? Creo que no lo sea.

Si queremos, Sr. Presidente, hacer una obra eficaz, yo propondría: que se fundase una colonia penal para los vagabundos mayores, un instituto correccional para los menores reos de pillaje y crímenes comunes; pero aquellos que por dicha no hayan sido manchados por el crimen, y que se encuentran desamparados y perdidos; éstos entreguémoslos á los afanes, á la solicitud, á los cariñosos cuidados y sobre todo á la providencia de la educación religiosa. Sin éso es imposible que hagamos cosa de valor.

Yo quisiera que los nobles senadores, patriotas como son, visitasen al instituto salesiano.

El Sr. Ezequiel Ramos. — He tenido ya ocasión de visitarlo y admirarlo.

El Sr. Pablo Egidio. — Es una de las mejores instituciones del estado.

El Sr. Almeida Nogueira. — El testimonio del noble senador, Sr. Ezequiel Ramos, no es sospechoso.

El Sr. Cesqueira César. — También yo he visitado aquel establecimiento.

El Sr. Duarte Azevedo. — Suplico á todos encarecidamente que lo hagan, por que no podrían emplear mejor el tiempo.

Yo desearía que entrasen en aquel establecimiento sin ser esperado, como por sorpresa, para que no se piense que su elevada posición pueda dar lugar á un espectáculo que no es de costumbre: que penetrasen en los talleres en horas inesperadas, que vieran como allí se imprime, tal vez mejor que en todo en el Brasil; como allí se encuaderna, como se hacen objetos de ebanistería, de carpintería, de decoración y zapatería con una perfección envidiable; que visitasen el taller de herrería y fundición de tipos, que es tal vez la única que existe en la capital; quisiera que se informasen del sistema de educación que hay en aquel instituto; de la manera con que los niños están de tal modo asistidos, que no pueden obrar el mal: de sus recreaciones, de la manera con que se divierten en todos sus juegos; del orden que se produce sólo á una indicación de los profesores; que indagasen, que instruyesen, si así les satisface, un examen los nobles senadores,

para que viesen que aquel es un excelente sistema de educación.

El Sr. Pablo Egydio. — Así debiera hacerse.

El Sr. Federico Abranches. — Aprobado.

El Sr. Ezequiel Ramos. — Esa institución presta grandes servicios á la causa de la enseñanza.

El Sr. Duarte Azevedo. — El instituto salesiano es quizá hoy entre nosotros, salvo el de Doña Ana Rosa, la única casa de enseñanza profesional, por que no se puede considerar como tal, el Liceo de Artes y Oficios que tenemos en Luz, frecuentado solo por adultos y solamente de noche.

En el Instituto de D^a Ana Rosa, en el de los Salesianos y de Cristóbal Colón es precisamente donde se empieza á hacer del esfuerzo individual un factor de vida futura.

El Sr. Pablo Egydio. — Algunos son ya teneadores de libros y se ganan ya desahogadamente el sustento.



El Exmo Sr. Consejero, Duarte de Azevedo.

El Sr. Duarte Azevedo. — Hace tres años se concedían en él 24 diplomas de maestros habilitados en diferentes oficios.

Muchos de ellos eran niños perdidos y ganan hoy un salario de cuatro, cinco ó seis mil reis diarios (1). Muchos son comerciantes, otros profesores de música y de otros diferentes ramos. Pregunta yo ¿cual es la institución de S. Paolo y que tan brillantes resultados ha dado?...

Pero pregunto también Sr. Presidente, si el Estado de S. Paolo quisiera coadyuvar á la terminación del edificio del Liceo del Sdo. Corazón de Jesús en esta ciudad, por ejemplo, si quisiera concederle la subvención de cien contos anuales por cinco ó seis años ¿saben los nobles senadores cual sería el resultado? (2). Sería hacer de él el primer establecimiento literario y profesional de la América del Sud, sería albergar é instruir á más de 800 niños internos, de los que la tercera parte podían ser niños completamente pobres, sería tener un externado de más de 1000 niños y

(1) Mil reis brasileños equivalen á una peseta; al paso que en Portugal equivale á cinco.

(2) Un conto es un millón de reis, de modo que 100 contos equivalen á 100,000 pts.

un oratorio festivo, con centro en dicho establecimiento y ramificado por los diferentes puntos de S. Paolo, que recogiera algunos millares de jóvenes.

¿Sabe V. E. lo que es un Oratorio festivo salesiano? Es reunir los domingos y días festivos en el recinto del establecimiento, á centenares de perdidos y vagabundos, para entretenerlos en juegos lícitos; para enseñarlos á leer y á escribir; para ejercitarlos en las prácticas religiosas, para educarlos con el contacto de los niños ya educados.

D. Bosco decía que un Oratorio festivo era el medio para moralizar una sociedad ó un país.

Y en efecto, así es, Sr. Presidente, pues si esos niños son recogidos y apartados de las calles para darles una honesta ocupación, para entretenerlos en inocentes juegos, para ejercitarlos en prácticas morales y cristianas, si esos niños van llamando á otros que vagan extraviados por el camino del vicio, si todos acuden con el deseo de permanecer y aprender ¿no le parece á V. E. que este sería el medio de moralizar esas pandillas de niños callejeros, ociosos, vagabundos, inmorales, á los cuales se pretende dar enseñanza y educación en la escuela indicada en el proyecto?

El Sr. Albuquerque Luis. — Sería preferible subvencionar ese establecimiento.

El Sr. Duarte Azevedo. — Por dicho proyecto se trata de crear una escuela más, y no dejaría de concurrir con mi voto á que haya una escuela más en S. Paolo. Soy entusiasta de todas las ideas generosas; á pesar de mis 70 años tengo un corazón de joven que late por todas las generosas empresas.

El Sr. Pablo Egydio. — Muy bien.

El Sr. Duarte Azevedo. — Soy entusiasta por la difusión de las instituciones educativas, por todo lo que tiene por fin propagar el cultivo intelectual (*Muy bien*). Pienso con Victor Hugo que, si hay alguna cosa más triste que ver un cuerpo desfallecer por falta de pan, es ver un alma perderse por falta de luz; soy de esta escuela (*Muy bien*).

Pues bien ¿qué nos cuesta creando la escuela de que se trata en el proyecto, subvencionar á aquel establecimiento de modo que se pueda terminar con brevedad?

El Gobierno podrá recoger allí 200 ó 300 niños pobres: ese establecimiento, que hoy educa cerca de 1000 niños entre internos y externos, podrá educar 2000, sin contar la multitud innumerable que frecuentasen los oratorios festivos en los varios puntos de la ciudad.

El Estado tendrá entonces, á la sombra de la moral y de la Religión, la reforma de la sociedad infantil que nos rodea, y que se está sumiendo en el vicio en medio de la ociosidad de las calles.

Sr. Presidente, doy término aquí á mis observaciones, por que me siento ya cansado. Ya no sirvo para estos ejercicios de la tribuna, á que dediqué los primeros y más floridos años de mi vida. Dispénsame el Senado la incomodidad que le he causado.

— No, no (*Aplausos generales*).

— Entre tanto estoy pronto á acompañarlo en todas las ideas generosas y patrióticas que se sugieran en este recinto, lugar de nuestros trabajos políticos.

(*El orador es aplaudido, abrazado y felicitado por todos sus colegas*).

Sevilla (España). — El celoso Misionero Salesiano, P. Milanesio, que de veinticinco años trabaja incansable en Patagonia por la conversión de los salvajes, ha llegado hace algunos meses á Europa para reponer su quebrantada salud y allegar medios para su Misión. Después de haber dado en Italia numerosas conferencias, ha pasado á España en donde sigue predicando con celo y sencillez la cruzada de los Indios, de la conversión de los pobres salvajes de Patagonia. Extraçtamos algunos de los artículos que sobre la conferencia que predicó en Sevilla, publica el autorizado *Correo de Andalucía*:

La iglesia de la Santísima Trinidad hallábase llena de fieles que aguardaban para escuchar al benemérito hijo de Don Bosco, al infatigable don Milanesio que, tras largo apostolado en América, llega á Europa á seguir trabajando por las misiones Salesianas.

Nuestro Excmo. y Rvdmo. Prelado, gran número de sacerdotes y de alumnos del Seminario, catedráticos, aristocráticas familias, periodistas, industriales, comerciantes, obreros y representantes de todas las clases sociales, asistieron al acto, que empezó con un himno cantado por los colegiales salesianos.

Después el celoso y popular Padre don Pedro Ricaldone, en breves y muy sentidas frases, presentó á Don Milanesio, quien ocupó la cátedra sagrada durante una hora.

Con sencillez de apóstol, natural elocuencia, piedad y no falta de gracejo, dió Don Milanesio su conferencia sobre las misiones de la Patagonia y sus trabajos en ellas.

Los usos y las costumbres de los indios, su sencillez, su natural piedad, como todo lo refieren al Ser Supremo, lo inclinado que están á recibir las verdades eternas y la prodigiosa manera de conservarlas, el entusiasmo con que acogen las doctrinas del Crucificado y la severidad con que practican las ceremonias, todo, todo, como con preciosa cinta cinematográfica, pasó por delante del auditorio, lleno de movimiento y de vida, de color y de realidad, resultando la conferencia, descripción amena y brillante en que se veía el desierto con las pisadas de las fieras, los Andes con sus eternas nieves, la choza del indio, el traje y hasta el idioma araucano, del cual Don Milanesio, con habilidad consumada, y para dar más fuerza al relato, usó frecuentemente durante la conferencia.

Interesantísima fué ésta, y verdaderamente conmovidos, escuchamos la relación de los trabajos que el benemérito hijo de Don Bosco pasó en sus misiones. Trabajos, sí, hermosos, heroicos y sublimes; pues sublime, hermoso y heroico es marchar por los desiertos, atravesar las cordilleras, comer los desperdicios de las bestias feroces y dormir sobre la nieve y los pantanos, para atraer almas al rebaño del Divino Pastor.

¿Con qué naturalidad refería Don Milanesio, el modo de dormir sobre la nieve durante sus largas excursiones!

¿Cuántas fatigas! ¿cuántos peligros! ¿cuántos sacrificios! y esto no una ni dos veces, sino un día y otro día; un mes y otro mes, un año y otro año hasta 25, que ha pasado evangelizando la Patagonia, hasta que hoy viene, no á descansar, no á recibir premios ni recompensas, sino en busca de recursos y de obreros para seguir su obra, para volver con ellos y, de no encontrarlos, volver también solo y sin recursos á continuar sus trabajos, sus sacrificios, su apostolado por

las pampas y por las cordilleras, entre sus queridos hijos, con el sólo aliciente de que éstos conozcan la verdad, de que se vayan al cielo y de que, después de derramar sobre sus cabezas el agua redentora del bautismo y de bendecirlos una y mil veces, pueda entregar él su alma á Dios, sin que nadie se acuerde en Europa del pobre misionero que llevó á la Patagonia la civilización europea y la fé de Cristo, y quedando sólo entre los buenos indios la memoria de un padre Domingo (así lo llaman) que los quiso mucho, que por ellos vivió, que por ellos se sacrificó, que por ellos vino á Europa y en Europa pidió limosna por ellos y que por ellos fué á terminar sus días en aquellas apartadas regiones.

Don Milanesio, antes de terminar su conferencia, pidió una limosna para las misiones de la Patagonia, una limosna para salvar almas y civilizar toda una región.

Del celo, de la piedad y de la generosidad de los sevillanos esperamos que no se lo nieguen.

¿Qué hermoso sería ver á nuestros caritativos paisanos, renunciar á una de sus galas ó joyas en favor de las nuevas cristiandades!

¿Qué meritorio privarse de algo superfluo por ganar algún alma para el cielo!

Esto creemos que harán muchos, máxime si tienen en cuenta las palabras de S. Agustín con que terminó el conferenciante:

« El que salva un alma, predestina la suya. »

« ¿Sabéis lo que nos cuesta un indio? — decía el misionero D. Milanesio en la conferencia salesiana, celebrada el domingo último en la Iglesia de la Trinidad; — ¿sabéis lo que tenemos que gastar para bautizar un niño en aquellas pampas heladas y medio desiertas de la Patagonia y de la Tierra de Fuego?

Y, después de preguntar esto, y de explicar lo que se necesitaba para una misión, (las interminables, caminatas, las camas improvisadas sobre la nieve, el alquiler de acémilas, etc., etc.), concluía afirmando que rescatar de la barbarie á un niño, costaba dos duros, poco más ó menos.

No es mucho: por diez pesetas se conquista un salvaje para asegurarle la dicha eterna del cielo.

En estos gastos sólo entran, ya está indicado; los indispensables para el transporte de la misión, pues el trabajo personal, el heroísmo, la abnegación, el sacrificio incesante de los misioneros..... forman una porción de partidas que sólo Dios puede pagar.

No es mucho, no. Diez pesetas se las gasta cualquiera en una bagatela de un espectáculo público y ¡en tantos otros lugares peores!

Y quizá alguno se ría de esto. — « ¡Cómo — dirá — para asuntos meramente espirituales, para apoderarse de las almas hace falta dinero!... »

Pues así es la condición económica del mundo. Si no existieran ni el tiempo ni el espacio; si fuéramos espíritus puros, insensibles al hambre, y al frío, y al calor, acaso el dinero estaría de sobra; pero, dada nuestra condición, el dinero hace falta, no para dominar espíritus, — que él no es el que los impone el suave yugo y el obsequio voluntario de la fe, — sino para vencer al espacio inelmente y al tiempo implacable.

Entendida así la cuestión, ya puede decirse que, ésta de cristianizar niños salvajes por dos duros, es una *trata*, la *trata* divina en que todos debemos asociarnos.

Muchas veces un espejo de cinco céntimos, una bolita de cristal, una chuchería que nada vale, basta y sobra para que un infeliz araucano preste

oído á la predicación apostólica, y caiga de rodillas para que humedezca su frente el agua regeneradora del bautismo.

Si; Dios también tiene su *trata*, la *trata* de almas que, compradas primero por Él con la sangre preciosa de su eterno Unigénito, le han de ser devueltas mediante la obra de las misiones y con las limosnas de los cristianos; *trata* sublime, cuyo fin es la cultura y la virtud en la tierra, y la felicidad sin término en la gloria.

Hace pocos días, como indicamos al comenzar, tuvimos en Sevilla la satisfacción de oír á un sacerdote salesiano que se dedica hace veinte y cinco años á este *negocio*, en los desiertos inhospitales de la Patagonia y de la Tierra de Fuego. Su llamamiento no ha sido en vano: ayer mismo comenzó á fructificar de una manera conmovedora. Varios colegios de esta ciudad, sítos en las calles de Castelar y San Vicente, acordaron *comprar* niños indios; y aquí, entre los pequeños de la escuela, se reunió lo suficiente para *comprar dos indios y medio*, y allá, entre otros pequeños, para comprar otros *tres y cuarto*; es decir, unos diez duros y pico.

¿No es esto hermosísimo?

Pues todavía hay más.

Mientras anunciaba un padre salesiano en la iglesia de San Benito el *precio* del rescate de los niños de aquellas lejanas tierras, una mujer del pueblo, que estaba presente, se fué á su casa... para volver con una limosna de *dos indios y medio*.

Y sabemos, por último, que los mismos pobres niños de las escuelas salesianas de la Santísima Trinidad, se proponen contribuir á esta gran *trata* con sus escasos recursos, consistentes en limosnas y juguetes, por insignificantes que estos sean.

Por hoy no sabemos más; pero déjense, — ya que las *tratas* están de moda, — ensalzar la que se organiza para aumentar el número de los cristianos. — ¡En ella sí que hay solidaridad, fraternidad y amor!

Y en estos tiempos, quizá hace más falta que nunca, humanamente considerada la *empresa* de comprar en beneficio de la civilización cristiana, las almas de los infelices que yacen en la barbarie y en el paganismo.

Santiago (Chile). — *Los Oratorios festivos.* — Las palabras que D. Bosco dijo con respecto á los oratorios festivos, no las debieran olvidar los que tienen el encargo de cuidar de la moralización del pueblo: ¿*Queréis transformar una ciudad? fundad Oratorios festivos.* La expresión parece arrojada y casi inverosímil, pero si se considera debidamente, concluiremos con afirmar lo que afirmaba D. Bosco.

Un Oratorio festivo, que se rija por las enseñanzas de nuestro Padre, será siempre una salvaguardia de la moralidad, apartando, en los Domingos y días festivos, á los niños del bullicio de las grandes ciudades, de los juegos peligrosos, de los entretenimientos en que peligre la moral, de los lugares que son centros del vicio, los reúne en recreo honesto é inculca en sus almas las ideas de amor al orden, á la religión y á la honradez. La piedad unida á la expansión del espíritu hace de esas reuniones una escuela del bien.

He aquí lo que escribe *El Chileno*, diario de Santiago de Chile.

No basta prohibir una diversión porque es mala, si al mismo tiempo no se sustituye con una buena. Esto que es verdadero para las clases ricas

que tienen á la mano una infinidad de placeres, es imprescindible cuando se trata de la gente pobre, cuyos goces son limitados. En esta vez, el pueblo nos haría con visos de razón la siguiente pregunta: ¿de qué modo quieren que me divierta! ¿que me dan en cambio de lo que me quitan? Yo no voy á los clubs; yo no puedo festejar á mis amigos en mi casa, porque no tengo casa; yo no tengo más que tomar mi trago de aguardiente; eso me alegra, y yo necesito alegrarme.

Eso es lo que no se ha previsto, cuando debiéramos haber comenzado por ahí; éso es lo que tenemos que hacer si se quiere combatir con fruto la ebriedad.

La manera de resolver este problema nos la están enseñando prácticamente los Padres Salesianos, que han fundado los Oratorios festivos, donde centenares de muchachos del pueblo se regocijan los días de domingos y otros de fiesta.

Es admirable como desde por la mañana, acuden los suplementeros á los Oratorios, seguros de que les aguarda allí la alegría. Llegan como a su casa confiados, sin pedir permiso, sin llevar recomendaciones, sin traje especial; entran, y ya están corriendo, jugando á la barra, en compañía de los buenos Padres que rivalizan con ellos en los juegos.

Estos niños, si no tuvieran los Oratorios festivos, se pasarían en diversiones peligrosas, irían á la taberna, al juego de azar en que se pierde la escasa ganancia del día; harían el aprendizaje del vicio para ser más tarde los enemigos de la sociedad.

Los Padres Salesianos, por el amor, por la caridad profunda que iguala á los sabios con los ignorantes, al maestro con sus discípulos, al poderoso con los miserables, han encontrado el remedio del mal, y aplicándolo á los niños, nos enseñan como debe procederse con los adultos.

Obra tan provechosa y santa, es uno de los más bellos títulos que tienen los Padres Salesianos á la gratitud del pueblo chileno. Por eso, nosotros, haciéndonos eco de esa gratitud, rendimos ahora homenaje á los sabios educadores que con tal acierto cumplen la misión que les impone su Ministerio. Colaborador de primer orden en esa tarea ha sido el Reverendo Padre Luis Costamagna, visitador de las Casas Salesianas del Pacífico y director en Santiago del Colegio « Patrocinio de San José » uno de nuestros mejores centros educativos.

Largo sería exponer las ventajas que ofrece ese colegio para la educación; su espíritu práctico es conocido de todos, por los frutos visibles que da, pues de ahí hemos visto salir á muchos, que no sólo poseen instrucción literaria y científica, sino que tienen preparación bastante para los trabajos industriales. En gran parte, decíamos, se debe ésto al Rdo. Padre Costamagna; pero su mejor victoria es la de haber procurado á los niños pobres el juego honesto, la alegría sana que fortalece el cuerpo y reanima el espíritu.

Ese ejemplo es el que debemos imitar, en el propósito de conseguir que nuestro pueblo mejore sus hábitos, alejándose de los goces funestos de la embriaguez.



MEMORIAS BIOGRAFICAS

DE

MONS. LUIS LASAGNA

CAPÍTULO XIV.

Comienzos de las Misiones salesianas en América. — Noble porfía de los Misioneros. — Primeros trabajos. — Intervalo histórico. — Treguas. — Buen carácter para Misionero. — Destinado á las Misiones. — Lucha terrible. — Los laureles de la victoria.

En todo tiempo, la sed insaciable de salvar almas, devoró el corazón de D. Bosco y por ésto no perdonó privaciones ni fatigas, gastos ni sudores. Había levantado con inauditos sacrificios, numerosos institutos educativos en la vieja Europa; pero ésto no era suficiente á la grandeza de su corazón de apóstol. Continuamente dirigía sus miradas al través del océano, y como nuevo Javier ante los muros del Celeste Imperio, aspiraba á llevar la luz del Evangelio y el beneficio de la civilización á tantos infelices que gemían aún en las tinieblas de la idolatría y en los horrores de la barbarie en las vírgenes florestas de América. Estas aspiraciones, que á alguno le hubieran parecido temeraria locura, se llevaron á efecto el 14 de Noviembre del 1875, cuando Don Bosco enviaba á sus hijos armados con la santa insignia de la cruz, á la República Argentina para dar principio á la pacífica cruzada de la religión y de la civilización.

Quando hubo manifestado sus deseos de dar comienzo á las Misiones, muchos de los Salesianos se ofrecieron gustosos á formar parte. Se trataba de abandonar la familia, de alejarse de la patria, de renunciar á los más legítimos sentimientos, para ir á tierras inhospitalarias, á desafiar el hambre, la pobreza, los sufrimientos, tal vez muerte; y ésto con solo el ideal de salvar las almas de gente extraña y desconocida, de sustraer á lo corrupción de la naturaleza á algún pobre salvaje perdido en la oscuridad de alguna virgen floresta. Pero ¿de qué no es capaz un alma inflamada en amor de Dios? Por ésto D. Bosco encontró más dificultad en escoger Misioneros que en buscarlos, y los diez que fueron elegidos se consideraron dichosos. A la cabeza se puso el intrépido D. Juan Cagliero, que elevado más tarde á la mitra, continúa con celo inagotable su benéfica Misión, en calidad de Vicario Apostólico de la Patagonia.

Humildes fueron los comienzos de este nuevo apostolado, pues no les fué posible

entrar en las selvas por entonces á los celosos ministros de la verdad: pero no obstante no quedaron en ocio: fundaron el Colegio de S. Nicolás de los Arroyos en Buenos Aires, y tomaron la dirección espiritual de la Iglesia de N.ª S.ª de la Misericordia para los emigrados italianos. En tanto la fama de Don Bosco invadía ya todas la repúblicas de Sud-América, y bien pronto sus hijos se vieron buscados y deseados en todas partes. La República de Uruguay fué la primera que llamó á sí á los salesianos, ofreciéndoseles un Colegio en Villa-Colón, en los alrededores de Montevideo: de este modo pudieron verse realizados los deseos de muchos buenos.

Monseñor Jacinto Vera, Obispo celosísimo y Vicario Apostólico del Uruguay, los miembros más distinguidos del clero y seglares distinguidos de aquella próspera República, no sin razón lamentaban la total escasez de colegios católicos, á que pudieran los padres de familia confiar sin recelo la educación de sus hijos. Y para poder cumplir los estudios superiores, se encontraban en la dura necesidad de apartarlos de su lado y enviarlos á Buenos Aires, á Santa Fe ó á Santiago de Chile, si es que no querían exponer sus esperanzas á la ondas del Océano y mandarlos á Europa.

Y precisamente al tiempo mismo que se estaba estudiando el modo de llenar esta falta y buscaban un lugar á propósito y una Congregación religiosa que pudiese encargarse de la educación, la Providencia les presentó uno y otro subsidio.

Con feliz iniciativa, algunos Señores, reunidos en Sociedad, concibieron la idea de fundar una ciudad á poco distancia de la capital, Montevideo, y darle el nombre del inmortal descubridor de la América, llamándola Villa-Colón. Al efecto, escogieron en una posición amenísima, un espacio de casi siete km. cuadrados, trazaron grandes calles y magníficos paseos con plazas espaciosas y empezaron á levantar elegantes quintas. No faltó tampoco una hermosa y vasta iglesia, que dedicaron á S. Rosa, la primera flor de santidad que brotó lozana en el Nuevo Mundo.

No lejos de ésta, se construyó un gran edificio, capaz de albergar 120 personas y que fué destinado para colegio. Esperábase sólo que se poblase la nueva ciudad, lo que se creía muy fácil pues un ramal de ferro-carril la unía ya á la capital. Pero estos grandiosos planes se desvanecieron en gran parte, porque, después de haber construido quintas, colegio é iglesia, un revés de fortuna obligó á la sociedad á disolverse y venderlo todo al primero que se les presentara. Era, pues, esta una ocasión propicia para fundar el deseado colegio. Mons. Vera aprovechó la situación para comprar la iglesia y el edificio contiguo; pero quedaba siempre por resolver una dificultad, la de encontrar una comunidad religiosa que tomara á su encargo la dirección

del instituto y, al menos por entonces, la de los habitantes de las vecinas quintas. Hacía algún tiempo que había oído hablar con entusiasmo y alabanzas de los hijos de Don Bosco, recientemente llegados á Buenos Aires; bien considerado el asunto, se persuadió el buen Prelado que correspondían perfectamente á sus planes y por tanto puso manos á la obra y se propuso no perdonar fatiga hasta obtener que viniesen los Salesianos á Villa-Colón. Sin pérdida de tiempo envió á D. Juan Cagliero una instancia para que viniera á Montevideo con el fin de tratar con él de una interesante fundación.

Era el 24 de Mayo, día consagrado á María Auxiliadora, y en Montevideo se cerraban las tractativas entre D. Juan Cagliero y una Comisión nombrada por Mons. Vera. Ésta, con generosidad admirable se comprometió á sufragar todos los gastos que fueren del caso y prometió decidido apoyo á los Salesianos, hasta que el Colegio estuviese convenientemente encaminado.

Milagro fué que no se perdiese el tiempo, y que todos de común acuerdo vinieran á una solución práctica: pues el enemigo de las almas y sus satélites, habiendo sabido que se trataba de plantear aquella obra de religión y moralidad para salvación de tantas almas, procuraron impedirlo á toda costa. Pusieron todo su esfuerzo las sectas en que se desvanecieran los planes del Obispo y sus fieles colaboradores: procuraron plantar sus tiendas en Villa-Colón y en el mismo colegio, pero ya era tarde: D. Bosco por medio de su fiel representante había ya plantado las suyas.

La Divina Providencia, que de un modo visible inspiró á D. Bosco entonces para que destinase á sus hijos á aquel género de apostolado que á cada cual más conviniese, le reveló también cual era el salesiano, que por energía de acción, por cúmulo de conocimientos y voluntad firme, vigorosa y probada en la contradicción, podría hacer inmenso bien en América: y éste era D. Luis Lasagna.

Y que en realidad debía él llegar á ser misionero, y por tanto hábil instrumento en las manos de Dios para arrancar muchas almas de las fauces del demonio, ya lo había predicho el buen Padre, cuando en el 1868, D. Lasagna era aún simple clérigo.

Nos refiere el Profesor Don Juan Garino, que paseando él un día por el patio en compañía de D. Bosco, en tiempo que el recreo estaba animadísimo, y pasando por casualidad al lado de Luis Lasagna, todo absorto en el juego de la pelota, D. Bosco se paró un instante, y señalándole con el dedo, dijo: *El clérigo Lasagna será un buen misionero.* Y esto lo decía D. Bosco siete años antes de emprender la fundación de sus misiones.

D. Bosco no se equivocaba. Muchas veces D. Lasagna se remontaba en alas de la fe y del celo, que en él no conocía límites, y con

mirada de águila medía la inmensa extensión de la tierra. En aquel vastísimo horizonte contemplaba y veía la escasez de los verdaderos secuaces del Señor, y lloraba en su corazón, á la vista de la innumerable multitud de almas que ignoran aún el fin para que han sido creadas y lo que Jesu-Cristo ha hecho por su salvación. A menudo, cuando leía u oía narrar los prodigiosos sacrificios que los misioneros hacen para bien de las almas, le parecía oír una voz interior que le decía: *Tú también serás misionero.* Pero más tarde llegó á persuadirse de que el Señor, por medio de los superiores había dispuesto diversamente, y que su misión era la de formar los jóvenes en la virtud, en la ciencia y en la piedad. Y esta idea, confirmada con el feliz éxito obtenido en la enseñanza, se había de tal modo apoderado de su espíritu, que la propuesta de ir á las misiones, despertó en su corazón una tremenda lucha. El deber separarse de D. Bosco, á quien amaba con entrañable afecto; dar el adiós á tantos hermanos, unidos á él con el estrecho lazo de la caridad y de la amistad; hallarse en la dura necesidad de abandonar la enseñanza literaria, y los estudios clásicos que el había acogido y explicado con tanto aplauso; deber aprender una nueva lengua, mientras ya había aprendido á hablar y escribir con tanta elegancia la italiana; el pensamiento de estar en lejanas regiones dirigiendo una comunidad, sin tener un amigo con quien confiar los secretos de su delicado corazón, y otras muchas consideraciones le sumieron en las dudas más crueles y en la angustia más penosa. Su salud, que no daba buenas esperanzas para lo venidero, se resintió no poco en esta ocasión, tanto que tuvo que entregarse en manos de los facultativos. No obstante si en su físico sufrió las consecuencias de un disgusto, no tardó en dar con la gracia del Señor pruebas de la fortaleza de su alma. A pesar de que su corazón estaba horriblemente lacerado, de palabra y por escrito aseguraba á D. Bosco, que podía contar con él y que estaba dispuesto á partir cuando dispusiere.

La lucha fué reñida, pero también fué honrosa y grande la victoria: *certamen forte dedit illi, ut vinceret.* D. Francisco Cerruti, testigo de aquella ruda batalla entre la naturaleza y la obediencia, quedó admirado de tanta virtud y concibió de él las más risueñas esperanzas de su celoso apostolado y de la misión que se le confiaba.

(Se continuará).